

LA MANO DEL DIABLO

PETER KAPRA

Alma Vestry era una mujer de veinticinco años, pletórica, saludable, abundante de formas y agraciada de rostro. Una mujer bonita, atractiva, pero viva de genio. Además, poseía el vicio de la lascivia.

Quizá esto fuese debido a que un ginecólogo le había informado de que no podía tener hijos. Y ella no deseaba ser menos que las demás mujeres.

En realidad, le importaba poco el tenerlos o no. Mas siempre se suele anhelar lo que no se tiene.

Por lo demás… Mientras su esposo, Joen Vestry, estaba en el laboratorio de la fábrica de jabones «Lecroix», Alma no perdía el tiempo. Como carecía de dignidad y no se consideraba ligada a su esposo por ningún lazo de fidelidad, frecuentaba el trato de otros hombres.



Peter Kapra

La mano del diablo

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 356

ePub r1.0

LDS 21.12.18

Título original: *La mano del diablo*
Peter Kapra, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



LA MANO DEL DIABLO



INTRODUCCIÓN

—¿Son realmente malos los humanos?

Un circuito formula la pregunta. En las entrañas de la máquina, bobinas, células, registradores catódicos, computadores y clasificadores vibran a altas tensiones. La respuesta no tarda en llegar.

—Los humanos tienen un destino marcado por Dios.

Algo zumba, se agita, emite luz y energía. Otro circuito fotoeléctrico se activa.

—Tenemos control de todos ellos. Están marchando por un camino de perfección, aunque sembrado de obstáculos. ¿Por qué?

—En las dificultades han de hallar la luz de su verdadera orientación. Ignoramos la causa.

—¿Ignoramos algo? —En esta pregunta electrónica había un tono de sorpresa.

Sin embargo, la máquina, dándose así misma las respuestas —como si uno habla consigo mismo—, no puede sorprenderse de nada. Es preciso preguntar y contestar. Así, en las bandas registradoras de impresiones queda grabado el interrogante. Si hay respuesta, surge inmediatamente la contestación. Si no, hay que buscarla.

Y aparece la réplica:

—No ignoramos nada. Ocurre, empero, que el ser humano es una creación del Divino Ser. Y, por añadidura, el hombre está sometido a una prueba individual y colectiva. El hombre está compuesto de cuerpo y alma. La máquina de su cuerpo, aunque complicada, es sencilla. En cambio, la máquina que dirige su alma, por ser espiritual, es mucho más compleja. Ni siquiera él mismo puede controlar los impulsos que mueven las células de su alma,

dado que le llevan por una dimensión distinta.

—¿Qué razón hay para eso?

—Una poderosa razón: la eternidad.

—Excepto el Divino Ser, no hay nada eterno.

—Cierto —llega la respuesta—. Pero Él dispuso la cualidad de la «perfección hereditaria» en los humanos. Sus cuerpos-máquinas mueren, pero sus espíritus continúan viviendo.

En algún centro neurálgico de la máquina brota un chasquido. Un registrador graba las ideas y el analizador reprueba una. No hay conformidad en el computador.

—¿Son, pues, los espíritus humanos inmortales?

—Sí, lo son. Unos en el bien y otros en el mal —la respuesta es clara—. El espíritu se crea con el ser. Vive con él, ayuda al cuerpo-máquina durante su existencia tridimensional, inmerso en átomos de hidrógeno. Al fin, el cuerpo muere y el espíritu queda liberado.

—¿Pasando entonces a la dimensión correspondiente?

—Exacto. Siendo, como son, infinitas las dimensiones del tiempo y el espacio, a cada humano le corresponde una dimensión distinta, según su espíritu haya sido virtuoso o pecador, bueno o malo.

«A esto llaman ellos la Gloria y el Infierno. El justo salva su espíritu y va a reunirse con el Divino Ser. El malo se hunde en los abismos del mal. Así fue dispuesto por el Creador».

Todo es correcto. La máquina se pregunta y se contesta. Los registradores analizan, catalizan ideas, las someten a estudios matemáticos.

¡Pero la duda subsiste!

Algo zumba de nuevo. Las ideas generan nuevas ideas, se confunden entre sí y un selector tamiza fotoeléctricamente el significado simple de cada análisis ideográfico.

—¡Pero el ser humano está sujeto a pasiones! ¿No puede su espíritu salir dañado con ellas?

—Sí, puede. Es el ser, su razón, su raciocinio, su «ego», lo que determina el sentido de su vida. Y de todo ello depende el tránsito de su espíritu.

Hay una nueva pausa, durante la cual la máquina absorbe y analiza sus propias respuestas. Nada puede fallar. Es tan perfecta que un error es inadmisible. Todo, ¡absolutamente todo!, ha sido calculado y previsto por infalibles artífices.

No obstante…

El circuito interrogador vuelve a insistir. Allí no valen sofismas, falsedades o interpretaciones equívocas. Los computadores deben registrar la conformidad a toda interrogación.

—Pero ¿hay o no hay hombres malos? ¿Puede ser un hombre malo y bueno a un tiempo?

Estas preguntas pueden hacerse en el intervalo de un siglo o de segundos. Las contestaciones pueden ser hechas en el mismo plazo de tiempo, mas no pueden fallar.

Y, cosa curiosa, la máquina no contesta.

Inmediatamente, salvado el lapso de tiempo adecuado sin que se obtenga una respuesta, otro sector de la máquina se pone en marcha. Es una emergencia. Y aunque hasta esto se haya previsto, es preciso modificar ciertos registros.

Al efectuarse la pregunta y no contestar nadie, el proceso eléctrico de la energía se transforma. Es preciso hallar la respuesta.

—Hay que indagar —sugiere un control analítico—. Puede efectuarse la prueba. Nuestro detector de control humano buscará dos seres. Uno será bueno y el otro malo. Les someteremos a la prueba del control, moviéndolos en el tiempo. De sus actos extraeremos la respuesta exigida.

Zumbidos, vibraciones, contactos… La zona del control humano se pone en movimiento. Ondas magnéticas surcan el espacio a velocidades hiperlumínicas, y, en contados segundos, dos terrestres son elegidos entre cientos de millones de seres para ser sometidos a prueba de bondad y maldad.

Los hombres elegidos se llaman Joen Vestry y Eliseo Düven.

CAPÍTULO PRIMERO

Alma Vestry era una mujer de veinticinco años, pletórica, saludable, abundante de formas y agraciada de rostro. Una mujer bonita, atractiva, pero viva de genio. Además, poseía el vicio de la lascivia.

Quizá esto fuese debido a que un ginecólogo le había informado de que no podía tener hijos. Y ella no deseaba ser menos que las demás mujeres.

En realidad, le importaba poco el tenerlos o no. Mas siempre se suele anhelar lo que no se tiene.

Por lo demás… Mientras su esposo, Joen Vestry, estaba en el laboratorio de la fábrica de jabones «Lecroix», Alma no perdía el tiempo. Como carecía de dignidad y no se consideraba ligada a su esposo por ningún lazo de fidelidad, frecuentaba el trato de otros hombres.

Por ejemplo. Un tal «m'sieu» Ludwic tenía en París una famosa peluquería de señoras y caballeros. En la trastienda había un discreto saloncito, muy coquetón, con un sofá de espuma rosada, y allí se entregaba al amor de una mujer liviana.

Por tales devaneos, «m'sieu» Ludwic percibía un respetable puñado de francos.

Así, Alma Vestry había sido presentada a un hombre que dijo llamarse Eliseo Düven. Lo demás, fuese marcado por el destino o por una máquina perfecta, inmersa en dimensión distinta, surgió solo. Todo podía estar previsto.

Eliseo Düven fue a la peluquería de «m'sieu»

Ludwic siguiendo un repentino impulso. Se hizo arreglar la cabeza, afeitar y pidió una manicura para sus manos. Le gustó la muchacha y se insinuó. Ella sonrió y habló con el propietario, quien habría accedido gustoso si en aquel instante un buen cliente no hubiera llamado desde un hotel cercano a Jannet, la manicura.
«M'sieu»
Ludwic no quiso desairar a ningún cliente y habló en privado con Eliseo Düven:

—Le agradezco la atención que nos dispensa, caballero. Pero como Jannet tiene mucho trabajo ahora, ¿no le importaría aguardar un momento? ¡Incluso puedo proporcionarle otra compañía mejor!

Eliseo Düven, hombrecillo de extrañas facciones y ojos ocultos tras oscuras gafas, se encogió de hombros.

—¿Otra compañía mejor? —preguntó.

—¿Quiere pasar al saloncito? Le presentaré a «*Madame*» Marie.

Los hombres gustan de la aventura, y Eliseo Düven no era ninguna excepción. En su pecho anidaba un corazón de piedra y su alma era negra como el azabache. Poseía dinero, adquirido en la usura y expoliando y robando, y sus virtudes murieron en cuanto tuvo uso de razón suficiente para empezar a comprender el mundo.

Carecía de amigos. No estaba casado y su vida había estado amenazada de muerte varias veces. Empero, continuaba vivo.

Por su parte, Alma Vestry, que estaba arreglándose el cabello, recibió el recado de
«m'sieu»
Ludwic con regocijo. Iba a ganar unos francos. No es que los necesitara, pero… ¡Ella también amaba la aventura!

Así, minutos después, ambos se conocieron en el saloncito.
«M'sieu»
Ludwic, con refinados modales, hizo las presentaciones y se retiró.

—¡Es usted muy bonita! —exclamó Eliseo, admirando a Alma y felicitándose por el cambio.

La manicura no poseía ni la mitad de hermosura de Alma.

Ella no podía decir lo mismo de aquel hombrecillo casi repulsivo. Le dio asco desde el primer instante y más al darse cuenta de que llevaba una mano ortopédica, no muy bien disimulada con un guante de cuero.

No obstante, mientras departían, sentados en el sofá rosado, ella

se refirió a la mano amputada.

—Debe de ser terrible para usted no poder mover los dedos. ¿Por qué no se pone una de esas manos articuladas y mecánicas que hay ahora? ¡Es curioso! Yo conozco a alguien que también tiene un defecto en la mano. ¿Ha visto usted a alguien que tenga dos manos distintas?

El hombrecillo debió de sentir una sacudida eléctrica en su cerebro, pues inmediatamente se despertó su interés.

—¿Dos manos distintas, dice?

Y pensó: «¿Sería posible…? ¡No, no puede ser! ¡Es imposible!».

—¿Fue algún accidente? —preguntó ella.

De haber tenido vergüenza, Eliseo Düven se habría ruborizado. Mas, como carecía de ella, mintió descaradamente y contestó:

—Fue en la guerra. Me estalló una granada en la mano. Pero hábleme de su amigo. ¿Cómo puede ser que tenga las manos distintas? Que yo sepa, no han tenido éxito las experimentaciones de injertos humanos. Había cierta incompatibilidad hormonal en los miembros de distintos seres.

—No, no se debe a un injerto. Mi… amigo nació así. Desde niño tiene manos distintas. La derecha es fina, de dedos alargados y piel blanca. En cambio, la izquierda es tosca, de dedos romos y nudosos. Incluso el matiz de la piel es distinto.

—¡Asombroso! Me gustaría conocer a su… amigo.

Alma Vestry intentó cambiar rápidamente de conversación, pero ya era tarde. El interés se había despertado en el hombrecillo de las gafas oscuras, tras las cuales brillaron con fuerza unos ojos estriados, como los de un gato.

—Es que… Bueno, yo… Le he mentido un poco, señor Düven.

—¿Es falso que tiene las manos distintas su amigo? —inquirió Eliseo Düven, perplejo.

—No, no es eso… No es mi amigo. Es mi esposo. Y, comprenda usted. Una no hace…

Eliseo Düven estaba por encima de pequeñas venialidades, pues se consideraba ya más allá de lo humano, por haber apurado las heces de la maldad. Sonrió con suficiencia y dijo:

—Lo imaginé. De todos modos, me gustaría conocerle. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿En qué trabaja su marido?

—Es químico. Trabaja en una fábrica de jabón…

—¡Qué casualidad! Yo también he sido químico. Ahora me intereso por una etapa acabada de la química: la alquimia. Y precisamente, después de haber efectuado algunos ensayos que considero interesantes, estaba pensando en buscarme un ayudante que colabore conmigo en la clasificación de ingredientes. Tengo un pequeño laboratorio en el sótano de mi casa, en las afueras de Vigny. ¿No querría su esposo trabajar conmigo? Puede venir los días festivos. Por supuesto, le pagaría bien… ¡Aprenderá cosas interesantes de mí y no perderá el tiempo!

Alma Vestry intuyó que estaba metiéndose en una pequeña trampa y reaccionó, diciendo:

—¡Yo, yo no puedo…!

—Se lo ruego, señora.

—Es que… ¿Por qué no se lo propone usted? Yo puedo presentarles, hablar de usted como el esposo de una amiga.

—Soy soltero.

—Bueno, hijo de una amiga —sugirió Alma, confusa.

—No tengo madre. Soy huérfano. Pero si no quiere usted intervenir en esto, haremos otra cosa. Yo escribiré a su esposo. Le diré que estoy enterado de sus cualidades y que me gustaría tenerle como ayudante. No se preocupe. Déme su dirección.

* * *

Joen acababa de regresar del trabajo. Como todos los días, en la plaza Vendôme se entretuvo a dar de comer a las palomas. Se deleitaba viendo a los animalitos picotear en su mano y subirse en los hombros e incluso en la cabeza. Los niños se reían y él les daba caramelos y golosinas.

Los niños, los animales, los ancianos y los enfermos eran el «*hobby*» de Joen Vestry. Se desvivía por ellos, los cuidaba, los mimaba y les hacía regalos. Incluso se quitaba la comida de la boca para dársela a los animales del Zoológico.

En el laboratorio, cuando tenía un momento libre, hacía caramelos de colores con azúcar y sacarina. Luego, envolvía la golosina en papel fino y los llevaba a los niños.

Aquel día, empero, Joen había vuelto a casa antes de hora. Se lo había pedido su mujer, y él no quería contrariarla.

Se había quitado el traje arrugado y raído y se dispuso a lavarse. Miró sus manos desiguales y arrugó el ceño. La mano derecha era más larga que la izquierda, más fina, más blanca.

Jamás había conocido un caso como el suyo. Pero era así, no cabía duda.

Suspiró y fue al cuarto de aseo. Se lavó con cuidado, pensativo. La proposición que le habían hecho era importante. Podría ganar cien francos todas las semanas, yendo a clasificar unos ingredientes los domingos por la mañana.

Sin embargo, Joen tenía sus dudas.

—¿Me rechazará cuando vea mis manos? ¿Por qué no he de tener las dos manos iguales, como las demás personas?… ¡Bah, no debo preocuparme! ¿Qué importa eso? No soy mal parecido. No repugno…

—¡Por Dios, Joen, vas a llegar tarde a la cita!

La voz de Alma Vestry llegó desde el salón, donde estaba tendida en un sofá, viendo la televisión.

—Ya voy, querida.

Se peinó con sumo cuidado y sacó su mejor traje del armario. Un instante después aparecía en el salón, ante su mujer, sonriendo tímidamente.

—¡Virgen santísima, Joen, ni siquiera te has afeitado!

—Pero si lo hice esta mañana, para ir al laboratorio.

Ella le atajó, imperiosa.

—¡Tienes que afeitarte! Tienes que causar buena impresión al señor Düven.

—Está bien, querida. Me afeitaré de nuevo. Temía llegar tarde. Pero correré un poco más con el coche.

—¿Vas a llevarte el coche? ¡Yo pensaba ir a…! Bueno, llévatelo. Iré en un taxi.

«¡Los dos son iguales! —pensó ella con disgusto—. Joen es un imbécil pobre y Eliseo Düven es un imbécil rico. Se entenderán divinamente… ¡Y el hombrecillo me pagará bien! Quizá pueda, dentro de poco, reunir el dinero suficiente para irme con Paul a las Antillas y salir de esta vida monótona y estéril. Se me está pasando el tiempo y necesito vivir mi vida… ¡Qué tonta fui al casarme con este cretino al que los vecinos llaman un alma de Dios, y yo, que le conozco bien, sé que es un necio, inútil y estúpido! ¡Qué odio le

tengo!».

El vicio más abyecto y abominable anidaba en el pecho de aquella mujer pérfida e infiel. Pese a todo esto, seguía manteniendo una aparente y mal disimulada bondad que sólo podía engañar a alguien como Joen Vestry.

¡Alma Vestry era la personificación del mal!

Otra persona, Eliseo Düven, concretamente, era mucho peor que ella. En nadie de este mundo podían acumularse tantos vicios y defectos como en aquel hombrecillo taimado y criminal.

¡Eliseo Düven era el mismo demonio!

* * *

—¿El señor Düven?

El hombrecillo que abrió la puerta de la vieja casona no pudo evitar un disimulada y rápida mirada a la mano derecha de Joen Vestry, para quien no pasó inadvertido aquel fugaz escrutinio, aunque interpretó mal su significado.

Joen se acobardó y deseó fervientemente poder dar media vuelta y regresar corriendo al «Citroën», que había dejado aparcado entre los árboles que rodeaban la extraña casona. No obstante, el hombrecillo de las gafas oscuras y la bata de cuadros, remendada, le hizo un gesto, invitándole a pasar al sombrío vestíbulo, en uno de cuyos rincones ardía una chimenea de leña.

—Yo mismo. No tengo criados y yo me lo hago todo, incluso el atender a las visitas. Usted debe ser el señor Joen Vestry, ¿no es así?

—En efecto. Aquí tengo la carta que…

—No se moleste en sacarla. Mucho gusto en conocerle… Por favor, tenga la bondad de pasar… Siéntese ahí, en el sillón. Tire al suelo esos periódicos. ¿Quiere tomar algo? ¿Una copa de vino de Burdeos?… ¿Un cigarrillo?

Joen, muy azorado, mirando en torno suyo con sobrecogimiento, quitó los periódicos que había en el sillón, los cuales dejó sobre una mesita llena de vasos, ceniceros, papeles y objetos diversos, y se sentó. Se dio cuenta de la rígida mano del hombrecillo, pero no hizo comentario alguno.

—No, gracias. No fumo ni bebo. Y deseo decirle que en los Laboratorios «Lecroix» ignoran que yo… Ya sabe usted como son

estas cosas. Es preferible que no sepan nada de…

El hombrecillo sonrió, atajando a Joen.

—Pierda usted cuidado. Ya le expuse en mi carta lo que deseaba de usted. Sólo necesito su aceptación.

—Cuente usted conmigo.

—Eso está muy bien. El trabajo en mi laboratorio será por completo distinto al que usted realiza en los Laboratorios «Lecroix». Sin embargo, estoy seguro de que le interesará… ¡Es singular! ¿Me permite ver sus manos?

Joen Vestry enrojeció hasta la raíz del cabello. Sintió formársele un raro hormigueo en el estómago y un sudor frío perló su frente, sus mejillas y su espalda.

¡Su curiosa mano!

¿Qué le diría aquel hombre?

Entornó los ojos, para sustraerse a lo que estimaba como malsana curiosidad del otro, pero extendió la mano derecha, ¡la que él consideraba anormal!

Y esto era lo singular. Joen Vestry estaba habituado a ver sus manos distintas y sabía que todos los demás seres poseían manos completamente iguales. Su diestra era afilada, blanca, fina, quizá más bella que la izquierda. Y en su modestia, él se conformaba con tener las dos iguales, como la siniestra, de puntas romas, huesos nudosos.

Otro cualquiera, puesto en el trance de elegir una mano para hacer compañía a la otra, habríase quedado con la derecha, pidiendo otra similar para su izquierda.

Él no. Sólo quería tener las dos manos iguales. ¡Sueño absurdo! Por más que lo deseara, había nacido así y, posiblemente, así moriría.

—Diríase que esta mano… ¿Le han practicado algún injerto?

—¿Injerto?… Mi mano es auténtica… ¡Será mejor que me marche, señor Düven!

—No, por favor; se lo suplico. —Eliseo Düven soltó la mano de Joen, en apariencia turbado—. Disculpe mi curiosidad. He sido un necio. Me perdona, ¿verdad?

—Nada debo perdonarle. Su curiosidad es comprensible.

—Es por esto. —El hombrecillo agitó su mano ortopédica ante el rostro de Joen—. La perdí durante la guerra… Ha sido una simple

asociación de ideas, ¿me entiende? Sé muy bien que los injertos son heteroplásticos y que acaban desprendiéndose porque los tejidos carecen de poder cohesivo. Mas como se está trabajando en este campo de la cirugía, creí que…

Menos azorado, Joen Vestry sacudió la cabeza:

—La heteromorfia de mis manos debe ser cuestión de herencia.

—¡Es lo más extraño que he visto nunca! Pero si le atribuye usted un origen hereditario, su padre también tendría unos miembros semejantes.

—Nada de eso, señor Düven. Mi padre tenía sus dos manos exactamente iguales. Sólo en mí se ha producido esta extraña mutación.

—¡Pues es una diferencia destacable!

—Sí, es cierto… Será mejor que dejemos esto y hablemos del trabajo.

—¡Oh, no hay prisa! Es asombroso lo que me cuenta… ¡Un caso patológico muy interesante!

A través de las gafas oscuras, los ojos de Eliseo Düven brillaron intensamente.

Veía la posibilidad de matar a su visitante. Luego, podía amputarle la mano. Una mano como aquélla, «mutable», era lo que él necesitaba. Estaba seguro de que la mano derecha de Joen Vestry era «universal». Un buen cirujano podría unírsele y volvería a ser un ser normal, no un manco.

¿Cómo había perdido Eliseo Düven la mano? ¿Qué historia se escondía detrás de aquella amputación traumática?

Sólo él lo sabía y, ciertamente, era una horrible historia. ¡Algo pavoroso, alucinante, increíble! El propio Eliseo Düven prefería más no recordarlo.

—Venga usted —habló con nerviosismo—. Bajaremos al sótano y le mostraré mi laboratorio. Tal vez le cause la impresión de hallarse en el «sancto-santorum» de algún alquimista del medievo. La verdad es que la ciencia ha progresado mucho desde aquellos tiempos. Pero los medios de investigación continúan siendo los mismos. Venga por aquí, ¿tiene la bondad?

Eliseo Düven miraba de soslayo la refinada mano de su visitante y se preguntaba si podría efectuarse el injerto. Para ello, desde luego, había que cortarle la mano a Joen Vestry.

¡Y el hombrecillo estaba dispuesto a realizarlo!

* * *

No había luz eléctrica, pero el horno despedía una fosforescencia suficiente para poder ver el lugar en todos sus menores detalles, aunque todo tenía, bajo aquella luz amarilloazulada, una tonalidad infernal.

Sobre una mesa había un tablero de mármol, corroído por los ácidos. A un lado se erguía un gallo disecado, de cresta inhiesta, obra perfecta de un consumado taxidermista. Detrás, en varios estantes llenos de polvo, se verían matraces, retortas de cristal y cobre, viejos frascos etiquetados con extraños guarismos.

Quizá, la única concesión a la época moderna fuese un mechero «Bunsen», de gas, sobre el que hervía un matraz conteniendo un líquido semejante a sangre.

El químico de los laboratorios «Lecroix» quedó atónito al ver aquello. Era algo inconcebible, inaudito.

—Pero… ¿a esto llama usted un laboratorio? —preguntó, deteniéndose en el último peldaño de la húmeda escalera.

El hombrecillo sonrió:

—Soy apegado a la tradición. Me gusta lo clásico. Además, nadie puede negarme que he realizado aquí curiosos descubrimientos. ¿Qué tiene de más un laboratorio moderno? ¿Microscopios? Debe usted admitir conmigo que antaño se descubrió el átomo sin necesidad de esos aparatos. Y, por muy perfeccionados que estén, jamás podrá verse en ellos el origen de la materia.

—¿Qué dice usted? —preguntó Joen, incrédulo.

—Mi querido señor Vestry —se apresuró a decir el hombrecillo —. Omití decirle que no me he graduado en ninguna universidad. Pero tampoco busco en mis retortas el «Lapis philosophorum», como pretendían los seguidores de Paracelso… ¡Y no lo busco; porque ya poseo el «disolvente universal»!

Joen, sobrecogido, retrocedió un paso.

—Déjeme explicarle —continuó Eliseo Düven—. Deseo de usted que dé nombre taxonómico a mis ingredientes. Venga, acérquese.

El hombrecillo se acercó a un anaquel cubierto de polvo. Por su parte, Joen Vestry retrocedió un nuevo paso. Estaba seguro de

hallarse ante un loco y se dispuso a salir corriendo al menor asomo de peligro.

—Aquí tengo un ungüento medicinal compuesto de ganglios de sapo. ¿Para qué sirve? ¡Es eficacísimo contra el mal de amores! Lo he experimentado con una criada que tuve. La pobre se pasaba los días suspirando por un militar que se fue con otra chica… Me interesa que usted analice todo esto y establezca la verdadera fórmula química. Ya sabe, el hierro y el azufre, en igual proporción, es protosulfuro de hierro. ¿Me ha comprendido? Aquí tengo muchas pócimas que he experimentado con animales y cuyos resultados conozco.

—Pero ¿no dijo usted que era químico? —preguntó Joen, casi tartamudeando.

La luz amarilloazulada que surgía del horno iluminaba el sótano de un modo lóbrego y siniestro. Por todas partes, las sombras proyectadas parecían transformarse en fantasmas burlones.

—Sí, soy uno de los mejores químicos del mundo. Pero yo trabajo por instinto… ¡Venga, vea esto!

Joen Vestry se acercó, picado por la curiosidad. El hombrecillo de las gafas oscuras y la mano ortopédica ofrecía un aspecto diabólico, iluminado por aquella luz extraña.

Fue hacia una mesa, sobre le descansaba un largo y grueso cuchillo. En una bandeja de porcelana, muy sucia, a un lado, se agitaban unos gusanos anélidos negros, gruesos como dedos humanos, entremezclándose en una substancia rojiza y pegajosa.

—¿Qué es esto? —preguntó Joen, con un hilo de voz.

Una risita entre histérica y sarcástica surgió de labios del hombrecillo al contestar:

—¿Esto?… Son hirudínidos gigantes.

—¿Sanguijuelas? —preguntó Joen, aturdido.

—Exactamente. Están en un baño para que crezcan.

—¡Son enormes!… ¿Y qué se propone hacer con ellas?

—Posiblemente, ya no haga nada —contestó el otro, con voz siniestra—. Pero mi intención era amalgamarlas y hacer una mano humana.

—¿Una mano humana?

En el mismo instante, Eliseo Düven agarró el cuchillo…

CAPÍTULO II

Con el brazo sujeto fuertemente y apoyada su mano sobre la mesa, Joen Vestry vio el cuchillo centellear en el aire a la luz fantástica e irreal que brotaba del horno.

Todo ocurrió en un instante fugaz.

Se debatió, gritó con todas sus fuerzas y quiso saltar hacia atrás, para librarse de la garra del hombrecillo, quien, pese a su escasa talla, era más fuerte de lo que parecía.

¡Pero el cuchillo golpeó la mesa donde una fracción de segundo antes había tenido Joen Vestry la mano!

Lo empujó, golpeándole el rostro con la mano izquierda. Las gafas oscuras se rompieron y el demoníaco hombrecillo emitió un rugido. Un instante después, Joen se zafaba del abrazo del otro y escapaba hacia la puerta.

Sólo tuvo tiempo de ver el semblante contorsionado de Eliseo Düven, el individuo que había intentado cortarle la mano. Le miró para comprobar si le seguía.

¡Y vio sus ojos estriados y llameantes, refulgiendo como si fuesen carbunclos de origen extragaláctico!

El más intenso terror puso alas en los pies de Joen, quien subió las escaleras como si fuese un ascensor neumático. Salió al pasillo, corrió por él y desembocó en el vestíbulo. De allí a la puerta pareció volar, perseguido por el miedo más irresistible.

Y cual no sería su desesperación al encontrar cerrada la salida.

Angustiado, agarró uno de los pestillos y lo corrió. Hizo lo mismo con otro, tiró de una falleba, giró una llave. ¿Cómo estaba la puerta tan cerrada? Él no había visto, poco antes, que Eliseo Düven corriese tantos pestillos.

Oyó un grito infrahumano a su espalda. Se volvió y vio de nuevo

aquellos ojos de felino. También vio el pavoroso cuchillo.

—¡No! —gritó, sintiendo helársele la sangre en las venas.

—¡Quiero tu mano! —chilló aquella especie de bestia—. ¡Te la cortaré!

Acorralado, Joen miró a su alrededor. El otro estaba ya en medio del vestíbulo y corría hacia él. Acuciado por el pánico, se movió raudo hacia la ventana. Un instante después, el hombre atravesaba el cristal, arrancando parte del marco, cortándose cara y manos, con las que habría intentado cubrirse, y aterrizaba fuera, para ponerse inmediatamente en pie y salir corriendo de nuevo hacia donde poco antes había dejado aparcado su automóvil.

No pudo ponerlo en marcha. Cuando abría la portezuela, vio aparecer de nuevo a su perseguidor. El terror le hizo comprender inmediatamente que, si pretendía poner en marcha el «Citroën», Eliseo Düven le alcanzaría antes de haberlo conseguido.

Así pues, optó por correr hacia los árboles, hacia la carretera de Vigny. Necesitaba ayuda para escapar del loco homicida que le acosaba.

—¡No huyas, espera…! —gritaba el hombre del cuchillo, corriendo detrás de él.

Joen Vestry, sintiendo latir violentamente sus sienes, no le oyó. Tampoco se dio cuenta de que sangraba en abundancia por una herida que se había hecho en la frente, al saltar por la ventana. El instinto de conservación le obligaba a correr con toda su alma.

De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba para atrás. Así pudo apreciar que había sacado ventaja a su perseguidor y empezó a considerarse a salvo. A los pocos minutos ya no vio a Eliseo Düven, mas no por esto dejó de correr.

El más intenso pánico daba fuerza a sus piernas.

* * *

Se había lavado el rostro en una fuente pública, pero la sangre continuaba manando de la herida. Intentó restañarla con el pañuelo.

Miró en torno suyo sin lograr reconocer el lugar donde se encontraba. Desde luego, debía de ser algún sitio entre Vigny y París. Habíase apartado de la carretera por temor a que el hombre

que pretendía matarle le siguiera en automóvil.

—Debo acudir a la comisaría de policía —se dijo Joen—. ¡Ese hombre está loco! ¡Es un homicida, un peligro!

Volvió a limpiarse el rostro. Estrujó el pañuelo y escurrió el agua, para volver a empaparlo en el chorro de líquido. Se mojó las sienes y luego miró a las sombras que le rodeaban. Temía que homicida apareciese de nuevo.

Retrocedió instintivamente. Y, al ver moverse uno de los matorrales, emitió un grito y corrió de nuevo.

Joen Vestry no supo jamás lo que sucedió a partir del momento en que el hombrecillo de los ojos extraños y brillantes agarró el cuchillo, en el sótano de la casa aislada, para cercenarle la mano. Estaba seguro, sí, de haber escapado, de haber corrido… ¡Pero de nada más!

Ahora se hallaba en un terreno cubierto de matorrales, a oscuras, herido, y sin saber hacia dónde dirigirse. De lo que sí estaba seguro era de que necesitaba llamar a la policía.

—Buscaré un teléfono… ¿Por qué me he apartado de la carretera? ¿Dónde me encuentro? Esa explanada y la fuente debe de ser un lugar donde vienen algunos excursionistas, con sus familias, a pasar el domingo. Por aquí debe de haber algún parador, hotelito o puesto de helados… ¡París no está muy lejos!

Por más vueltas que dio no encontró nada. Árboles como fantasmas. Matorrales, zanjas y arbustos. Aquí tropezaba con una piedra, allá, con un zarzal, arañándose las ropas.

El pánico empezó a dominarle. La sensación amarga y desoladora de haberse perdido le invadió.

—¡No es posible! —se dijo—. Nadie se pierde en pleno siglo XX, a las afueras de París… ¡Miles de automóviles transitan por todas las carreteras y caminos! ¿Dónde estoy, pues?

Echó a correr de nuevo, adentrándose en la oscuridad. La noche era oscura como la pez y en el cielo brillaban muy pocas estrellas. Aún así, habituados sus ojos a las sombras, creía percibir los obstáculos antes de tropezar con ellos.

Apresuró su carrera. Estaba seguro de encontrar pronto una casa o camino transitado. Quería un teléfono para llamar a la policía… ¡Pero se conformaba con encontrar a alguien para pedirle socorro!

Y no halló a nadie. Tuvo la sensación de estar corriendo por un

mundo desierto, pisando la nada, como si toda Francia hubiese quedado súbitamente desierta y despoblada.

Al fin, en el paroxismo del terror y la angustia, Joen Vestry se detuvo extenuado. Vacilaron sus piernas, se le doblaron, y un instante después caía al suelo, desvanecido.

Lo que vio a continuación tampoco supo jamás si fue un sueño o una realidad. De lo que sí estaba seguro era del terror que le produjo aquella visión.

¡Fue algo abominable, espantoso, alucinante!

* * *

Era la casa de Joen Vestry. La mujer había estado ante el televisor, hasta muy tarde, esperando el regreso de su marido. Quiso telefonear, pero, en el fondo de sí misma, le importaba muy poco que su marido hubiese tenido un accidente y estuviera muerto, a un lado de la carretera, junto al «Citroën», volcado y carbonizado.

Esperaba para conocer los detalles de la entrevista de su esposo con el señor Düven.

—¡Cuánto tarda! —había dicho varias veces.

Sin darse cuenta, la mujer se había quedado dormida. El televisor continuó emitiendo el programa.

Alma Vestry, dormida en el sofá, no vio ni oyó nada de esto. Tampoco vio el término del programa ni escuchó el cordial saludo de un amable locutor, despidiéndose de los televidentes hasta el programa del día siguiente.

El sueño la había vencido y la temperatura en el salón era muy agradable. Luego, la pantalla se quedó blanca, despidiendo el altavoz un suave zumbido.

Pasó una hora.

Alma Vestrey estaba segura de que su marido la despertaría cuando llegase, por eso dormía tan tranquila. Pero Joen no regresaba y ella no despertaba.

¡Estaba tan tranquila allí!

Ni siquiera oyó girar la cerradura de la puerta, accionada por un llavín delgado y fino —idea de un mecánico que cumplía condena por robo—, ni vio la sombra que se extendió en el suelo, proyectada por la luz del recibidor.

El señor Eliseo Düven entró en el salón. De su cintura extrajo cuidadosamente el largo cuchillo, en cuya punta había clavado un tapón de champan, y se acercó a la mujer dormida. Sus ojos brillaron con más fuerza al levantar el arma, empuñada con firmeza. Mordió el tapón de corcho con sus dientes amarillentos y afilados y lo retuvo en la boca.

Luego, el cuchillo descendió y fue a incrustarse en el pecho de la mujer. Rasgando el pectoral, cruzó el espacio intercostal, atravesó el corazón, que hendió cual si fuese mantequilla, y la punta ensangrentada quedó clavada sobre la gomaspuma del sofá.

Alma Vestry murió sin exhalar un solo gemido.

El hombrecillo, impasible, extrajo el arma, limpió la hoja en las ropas de la mujer y luego miró a su alrededor. La pantalla del televisor continuaba emitiendo su luz fantasmagórica, parpadeando su gran ojo azulino y despidiendo un suave y apagado zumbido.

Eliseo Düven, sin gafas, y brillantes sus estriados ojos, se acercó al aparato y giró el conmutador. La pantalla se oscureció en el acto.

—Aún no ha vuelto —murmuró aquel ente demoníaco—. Le esperaré. Cuando vuelva le mataré y le cortaré la mano.

Miró su mano ortopédica y en sus labios se crispó una sonrisa perversa. Luego, fue a sentarse en un sillón, el mismo que utilizaba Joen Vestry para ver los programas de televisión.

—Ya vendrás —murmuró de nuevo—. Y no escaparás otra vez, ¡te lo aseguro! Tu mano derecha me pertenece y la necesito… ¡Tengo que quitártela!

Cerca, la sangre que manaba aún del cuerpo de Alma Vestry iba extendiéndose en un charco en torno a él. Aquella mujer no volvería a insinuarse con nadie. Los días de su existencia habían terminado.

* * *

Joen Vestry, entretanto, empezaba a sentir la más insólita experiencia que pueda darse en un mundo ordenado y metódico, y en el cual el tiempo está cronometrado con meticulosidad, de segundo en segundo, marchando siempre al compás de un sol inmutable.

Y la experiencia no podía ser más incongruente.

Se había despertado, hallándose tendido en un arenal, ante el cono pedregoso de una montaña que se alzaba ante él, iluminada por un sol recién nacido, amarillo y rojo.

De momento, Joen no dio crédito a lo que veía. Le fue preciso mirar con más atención, abrir mucho los ojos, parpadear, para convencerse de que no estaba tendido en una calle de París, ni siquiera en una explanada campestre para excursiones dominicales.

El suelo era arenoso y el paisaje un árido desierto.

Luego vio sus ropas, la tosca tela de colores del «ihlal» árabe. Se puso en pie y se miró, tentando y manoseando el áspero tejido.

—¡Cielo santo! —exclamó Joen.

¡Y ni siquiera se dio cuenta de que habíase expresado en un idioma que no era el suyo!

La más increíble confusión se creó en su mente. Era él, Joen Vestry, estaba seguro de ello. Y, sin embargo, huyendo de un homicida, vagó durante la noche hasta caer derrengado, y ahora se encontraba en un desierto, ataviado con ropas que pertenecían al pasado.

Su rostro se puso tenso. Estaba seguro de que tenía un corte en la frente. Se había limpiado con el pañuelo. Pero su rostro estaba seco. No tenía herida ni sangre… ¡Y sí una poblada barba!

Incrédulo y confuso, se contempló las manos. Eran las suyas, desiguales, la izquierda de dedos nudosos y puntas romas; la derecha delicada, fina, alargada, como la mano de un artista. Volvió a tentar sus ropas. Se registró con premura, no hallando nada revelador en su atuendo, ni bolsillos, ni objetos, ni nada…

En aquel momento vio asomar una ovejita por una de las vertientes de lo que antes había creído montaña y que sólo era un montículo sobresaliendo del arenal. Era un carnero de ojos inexpresivos que emitió un balido al verle.

—Una oveja —dijo Joen, en un lenguaje que no era el francés, pero que le resultaba intuitivamente familiar, como quien lo ha hablado siempre sin darse cuenta—. Y el pastor debe de estar cerca… A menos que sea una oveja extraviada.

Llevaba calzados los pies con sandalias de tosco cuero. Carecía de hebillas y las tiras estaban anudadas a sus tobillos con un nudo fuerte y singular.

Caminó los trescientos pasos que le separaban del animalito. Al

inclinarse sobre él, sonrió. Él amaba a los animales, los quería como si fueran niños. Incluso, acariciando el vellón lanudo del carnero, se olvidó de la odisea sufrida la noche anterior en la casa del siniestro Eliseo Düven.

—¿Dónde está tu zagal? ¿Quién te cuida, ovejita?

Una piedra hendió el aire en aquel momento, lanzada con una honda de cuero, y fue a pegar en tierra, a pocos pasos de donde estaba Joen, quien levantó la cabeza vivamente, a la vez que la oveja salía trotando.

Un pastor había aparecido en el montículo. Vestía una zamarra de piel de oveja, unos pantalones de dril, y en las piernas tenía envueltas cintas y trapos. Se calzaba unas albarcas de cáñamo y se apoyaba en un cayado nudoso. Era, sin embargo, muy joven.

—¿Por qué me has tirado esa piedra, muchacho? —preguntó Joen, mirando fijamente al pastor.

—¿Qué hacías con mi oveja? ¿Querías robármela?

—No soy un ladrón, hijo.

—Pues lo pareces. Si no eres un «asamita» merodeador, ¿quién eres y qué haces aquí, en tierras de Galahad?

—No lo sé —contestó Joen—. Ignoro cómo he llegado hasta aquí. Ni siquiera sé dónde estoy. ¿Puedes decírmelo tú?

El pastor miró fijamente a Joen, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Acaso vienes del otro lado del desierto?

Joen negó con la cabeza.

—Te digo que no sé dónde estoy ni lo que hago aquí. Vi tu oveja y me acerqué a acariciarla. Me gustan mucho los animales.

—¿Para matarlos y comerlos?

—No, por Jehová —protestó Joen—. Bien sabe Él que amo a los animales, porque se encuentran indefensos. Necesitan de nosotros para vivir.

—¿Vienes de Samaria? Me ha dicho mi amo que allí son buenas las gentes… Por aquí sólo hay nómadas «asamitas», que roban cuanto encuentran a su paso. Pero tú no vas armado con lanzas y flechas como ellos… ¡No pareces un ladrón!

El pastor saltó entre las peñas y se acercó a Joen, mirándole de cerca con más detenimiento. Incluso llegó a tocarle las ropas y a mirarle la boca, para lo cual le abrió los labios.

—¿No serás un esclavo huido del norte? ¿Cuál es tu tribu?

—No tengo tribu. Me llamo Joen Vestry.

—Joen, hijo de Vestry —repitió el pastor, pensativo—. Bueno, será mejor que te lleve a la tienda de mi amo. No está muy lejos. Allá, detrás de los cerros. Desde aquí no se ve, pero allí hay agua y pastos… ¿Has dicho que no tienes tribu? ¿Eres un apóstata?

—Si te cuento quién soy y de dónde vengo, no vas a creerme, muchacho. Yo mismo tampoco lo creo. Será mejor que no te diga nada. ¿Cómo te llamas?

—Lud. Mi amo, el buen Galahad, me da una oveja cada invierno, por cuidar de su rebaño. Así tengo ya ocho ovejas mías. Podría tener más, pero vendí dos a unos mercaderes y compré semillas. Mi amo me dejó plantarlas en sus tierras, más allá de donde está el pozo. Me dijeron que debía regar la tierra, como hace la benefactora lluvia. Han brotado ya y verdean de maravilla. —El pastor hablaba emocionado de su siembra. Le brillaban hasta los ojos y blandían sus manos y su cayado con energía—. Ahora, mi amo quiere darme todos estos carneros por mi sembrado. —Mostró los dedos de las manos tres veces seguidas—. La tierra es suya, lo sé. Pero el sembrado es mío. Y hay muchos codos de semillas plantadas por mí. ¿Qué te parece que debo hacer, Joen, hijo de Vestry?

—No debes discutir con tu amo. Si te quiere, no pretenderá robarte. Y si no te quiere, ¿qué importa si te roba más? A los amos se les debe respeto y obediencia.

—Sí, sí. Tienes razón, Joen, hijo de Vestry… ¡Ah, ahí tengo el zurrón! ¿Quieres comer queso de cabra y carne ahumada? También tengo agua… ¡Tú me pareces muy sabio! ¿Quién te enseñó a dar consejos?

—Lo aprendí en la… —Joen iba a decirle la escuela. No lo dijo porque no pudo. No encontró la palabra exacta, debido a que no existía en el lenguaje que empleaba instintivamente. Habría podido decir «Dans l’école», pero hubiese resultado inútil y habría sido preciso recurrir a explicaciones que ni él mismo podía comprender. Por esto dijo—: la vida, Lud… Sí, te aceptaré un poco de queso.

Se sentaron a comer. El queso estaba duro, lo que indicaba que Lud llevaba bastante tiempo sin acercarse por la tienda de su amo.

El agua, por su parte, sabía a tierra y a sodio. Pero el queso y la carne le dieron sed y bebió.

—Reuniré las ovejas y te llevaré hasta donde habita mi amo. Es muy hospitalario, pero teme y desconfía de los «asamitas» ladrones. Si recela de ti, entre él y sus hijos te apalearán.

—No soy ladrón ni «asamita», Lud. Puedes estar tranquilo. En realidad, soy un pobre hombre, al que un criminal quiso matar, pero he logrado escapar. Corriendo en la noche he llegado hasta aquí.

—¿Te quisieron matar? ¿Por qué?

—Eso también quería saber yo. Y he debido correr mucho, pues no sé qué lugar estoy.

—¿De veras? ¡Oh, pobre hombre! Déjame que te oriente, pues. Todo cuanto abarca la mirada pertenece a la tribu de Galahad, y mi amo es el dueño absoluto. Él y sus seis hijos cuidan de los rebaños y protegen a gran número de pastores. Detrás de aquellos cerros, a muchas millas de aquí, está el Mar Grande y la populosa ciudad de Gebal, de donde parten las naves que van a los confines de la Tierra.

»En aquella dirección, camino de donde sale el sol, está la gran ciudad de Damasco. Yo no he estado nunca allá, pero los viajeros que la han visto dicen que es la más fabulosa que se conoce.

Esto era suficiente para Joen Vestry. Ignoraba cómo y porqué sortilegio, pero había retrocedido en el tiempo y se encontraba en algún lugar de Siria o Palestina.

En cuanto al año, ¿cómo saberlo?

¿Había venido ya Moisés al mundo?

—¿Sabes en qué año estamos, Lud?

—Año… ¡Ah, sí! Diez veces cien, más cuarenta y dos. Ahora es Thamuz, pero ignoro el día. Dentro de tres será sábado.

—Mil cuarenta y tres del calendario hebreo… ¡Alabado sea Dios! ¿Cómo es posible esto?

Joen se santiguó y levantó la mirada al cielo azul de mañana. Al bajar la vista, entristecido, vio un jinete que avanzaba hacia donde ellos estaban. Gasas y velos blancos ondeaban a impulsos de la rápida marcha de pequeño potro.

—¡Ahí viene Shura! —exclamó Lud.

—¿Quién es Shura? —preguntó Joen, perplejo.

—Shura es la hija menor de Galahad. Es muy hermosa y no está prometida a nadie. Ella gusta de recorrer los campos con su raudo corcel… ¡Es muy guapa! Pero cuidado con tocarla. Su padre te arrancaría la piel a latigazos.

El caballo y su amazona llegaron por entre las ovejas, las cuales se espantaron, huyendo en todas direcciones. Luego, el potro se detuvo y Joen pudo ver a la muchacha de los ojos grandes y rasgados.

Tímidamente, ella se cubrió el rostro con un velo. Preguntó:

—¿Quién es este hombre, Lud?

CAPÍTULO III

Galahad estaba en cuclillas sobre pieles de oveja y cabra. Detrás de él, erguidos y con los brazos cruzados, había dos de sus hijos: el primogénito, Tebe, y el cuarto, llamado Gera, muy querido de su padre por ser muy adulador.

Shura estaba sentada en un rincón, mirando a Joen con interés, sin perderse una palabra de cuantas se decían allí.

Joen Vestry estaba de pie ante el patriarca y, a un lado, de rodillas, hundida la cabeza en las pieles del suelo, gimoteando, se hallaba Lud, el pastor.

—¡Por Jehová que no te creo, extranjero! —declaró Galahad, violentamente—. Si no me dices la verdad, haré que te apaleen mis siervos.

—He dicho la verdad, Galahad. Mi lengua no está hecha a la mentira. Vengo de un país al que no conoces y que está al otro lado del mar. No sé qué magia han empleado conmigo, pero, cuando desperté, me encontré con estas ropas... ¡Os digo a todos que he retrocedido en el tiempo! ¡Ni siquiera sabía hablar esta lengua!

—¡Miente, padre! —intervino Tebe, el primogénito, avanzando un paso hacia Joen—. Es el embustero más grande que ha venido a nuestra tienda. ¡Déjame degollarle!

—Espera, Tebe. —El viejo Galahad se mesó la barba, sin apartar la mirada de Joen—. Es una mentira tan absurda la tuya que ningún ser cuerdo podría creerla.

—Lo admito, Galahad —repuso Joen—. Incluso a mí me resulta difícil creer lo que digo. Pero no he mentido nunca y no puedo darte otra explicación. Mátame si quieres y no me resistiré; mas no hagas que invente una fábula para justificar mi presencia aquí.

Galahad reflexionó durante unos minutos. Cuando, al fin, habló,

fue para decir en tono tranquilo:

—Mi religión me prohíbe matar. Soy arameo y mis hijos lo son también. Conozco a mis enemigos y pido a Jehová que me libre de ellos. Sin embargo, si es su designio enviarme a un forastero con engaños y falsedades, cúmplase su voluntad.

—Pero, padre… —empezó a decir Tebe.

—Silencio, hijo. Nosotros no somos asesinos. Lud encontró a un hombre extranjero en nuestras tierras. No hacía ningún daño con acariciar a una oveja. Tenía hambre y le hemos dado comida, tenía sed y le hemos dado agua… ¡Que el peso de sus mentiras, si es falso e hipócrita, caiga sobre él! Salid todos… Tú, extranjero, siéntate. Tu historia es increíble, pero me interesa. ¿Qué país es el tuyo?

—Francia, Galahad.

—¿Y dónde está eso?

Lud, Tebe y Gera se encaminaron a la salida de la tienda. En cambio, la hermosa Shura, continuó inmóvil donde estaba, sin apartar sus grandes y bellos ojos de Joen.

—Muy lejos de aquí —contestó Joen, doblando las rodillas y sentándose ante el viejo patriarca—. Al otro lado del Mar Grande, que nosotros llamamos Mediterráneo. Sé que he retrocedido muchos siglos en el tiempo. Cuatro veces diez… O diez veces. Las generaciones se han sucedido ininterrumpidamente y los padres han dejado sus báculos a sus hijos. ¡Sí, buen Galahad, han transcurrido muchos años desde ahora hasta llegar a la época en que yo he vivido! Incluso yo me resisto a creer esto.

—Es una magia fantástica la tuya, Joen —reiteró el viejo.

—Lo sé. Pero puedo demostrarte que no miento. Conozco cosas que te llenarán de asombro. Sé hacer luz eléctrica y combinaciones químicas para curar enfermedades.

—¿Combinaciones químicas? ¿Qué es eso?

—Es difícil de explicar, Galahad. Si tuviera elementos necesarios, te lo demostraría. Sin duda alguna, ha sido una suerte para ti que yo haya venido a tu tienda. Deseo ayudarte.

—¿Cómo?

—De muchas maneras. Por ejemplo, con sal, azufre y carbón puedo hacer pólvora. Con hierro hueco haré un arma para que tus pastores se defiendan de los lobos o de los «asamitas», los merodeadores del desierto. Puedo hacer herramientas para que

trabajen tus siervos con menos esfuerzo. Te enseñaré a construir casas de piedra. Haremos una batería y crearemos la luz para disipar las tinieblas de la noche, sin necesidad de hacer fuego.

Galahad escuchaba a Joen atentamente. De pronto se echó a reír a grandes carcajadas, con tanta fuerza que, sus dos hijos, Tebe y Gera, que esperaban en el exterior, entraron como un alud y se lanzaron sobre Joen.

—¡Soltadle, hermanos! —gritó Shura, hablando por vez primera —. No ha hecho más que hacer reír a nuestro padre.

La muchacha se puso en pie y se acercó a Joen. Galahad también dejó de reír e hizo un gesto a sus hijos.

—Salid fuera… Me hace mucha gracia este extranjero. Será nuestro huésped. ¡Yo lo mando! Y su vida será sagrada para vosotros.

* * *

Pasaron los días. Sin ayuda de nadie, Joen hizo un horno rústico, en el que acumuló piritas de hierro que extrajo de una colina próxima, donde existía este mineral en abundancia.

Todos sus trabajos fueron curiosamente observados por los hijos de Galahad, en especial por la extraña Shura, la cual había renunciado a recorrer la región, para quedarse en el campamento. Le interesaba aquel extraño individuo que llegó de la nada, según decía. Y mucho más le interesaban sus manejos.

Cuando, al fin, Joen encendió el fuego del horno y avivó las llamas con un fuelle de piel de cabra, al que había colocado una caña, la muchacha, sin su habitual velo sobre el rostro, se le acercó:

—¿Qué saldrá de ahí, Joen?

—Hierro, Shura. Haré herramientas, armas, flechas y muchas cosas que vosotros desconocéis.

—Mi padre compra cuchillos a los mercaderes. Son de hierro y cortan mucho.

—Yo no haré cuchillos. Yo forjaré el hierro para otras cosas. Haré un yunque, una fragua, templaré el acero y haré arados para roturar la tierra. Haré escopetas para que los merodeadores desistan de atacar a vuestra tribu… En una palabra: os daré seguridad.

—Nosotros somos pastores, no forjadores de hierro, Joen.

Queremos seguir viviendo de nuestras ovejas.

Sin dejar de avivar el fuego, Joen miró a la muchacha. Le gustaba desde el primer día que la vio, por su juventud, no tendría más de dieciséis años, y por su belleza, pues no había conocido en Francia ninguna muchacha como ella.

Pero él estaba casado con Alma Vestry, a la que, en sueños, había visto morir alevosamente. Y como ignoraba que todo aquello fuese real o una quimera, prefería esperar y hacer algo útil al mismo tiempo.

—Yo tenía un automóvil —explicó a Shura, por decir algo.

—¿Un qué?

—Un carro de hierro que se mueve solo. Con él iba a los más distantes lugares sin dar ni un paso.

—¿Querrás decir un carro tirado por un caballo?

—No había ningún caballo. De verdad, Shura. Los hombres han inventado muchas cosas… ¡Inventarán, quiero decir! A veces pienso si no habré venido aquí a explicar a vuestra tribu los progresos de la ciencia. Os quiero enseñar a tejer la tela mucho más aprisa que lo hacéis vosotros. Quiero hacer un motor, producir electricidad, una cámara fotográfica, un laboratorio…

—¡No lo hagas, Joen! —Ella le agarró del brazo y expresó su inquietud con una mueca de su bello rostro—. Escucha, mis hermanos quieren matarte y destruir tu horno. Mi padre los contiene a duras penas y aguardan la oportunidad de hacerlo. Tebe te odia con toda su alma. Y yo quiero evitar una tragedia.

—¿Por qué, Shura?

La muchacha bajó la mirada al suelo y murmuró:

—Yo te quiero, Joen. Sé que eres muy desdichado y el destino se está burlando de ti. Al principio creí que eras un farsante. Ahora he visto que eres bueno y deseas nuestra prosperidad y nuestro bien. Yo lo entiendo así porque soy mujer y mi instinto me lo dice. Pero mis hermanos no piensan como yo.

La muchacha tenía razón. Sus hermanos odiaban a Joen, y aquella misma noche, cuando el hierro empezaba a fundirse, mientras él dormía, destruyeron el horno, el fuelle y cuanto había construido. Y no llegaron a golpearle, por Shura que acudió con su padre y los seis hermanos escaparon a refugiarse en sus tiendas.

Aquella noche se decidió el destino de Joen Vestry.

—Es mejor que te marches —dijo Galahad, con tristeza en la voz —. Mis hijos te matarán, tarde o temprano.

—Yo quiero irme con él, padre —pidió Shura— Seré su mujer.

—¿Le quieres?

—Sí, padre.

Galahad, iluminado en plata por la luz de la luna, se volvió solemnemente a Joen.

—Y tú, hijo de Vestry, ¿quieres a mi hija Shura?

—En mi otra vida tenía una mujer, Galahad —contestó Joen, tímidamente—. No sé si estará bien ser bígamo.

El viejo patriarca tentó el pecho y los brazos de Joen. Luego, le miró a los ojos y dijo:

—Eres joven y fuerte. Si has perdido una familia, yo te proporciono otra. Mi hija Shura te quiere. Toma, pues, cien de mis ovejas, una tienda y diez cabras y vete con ella a las tierras del sur, donde mis hijos no te encuentren. Haz feliz a Shura y cuídala bien. Pero, óyeme bien, Joen, hijo de Vestry, no intentes hacer un nuevo horno. A los arameos no les gustan los hombres que abandonan sus rebaños para dedicarse a trabajos de magia.

Para sus adentros, Joen se dijo que, una vez lejos de allí, cuando no le vieran, haría un nuevo homo, crearía su laboratorio y divulgaría lo que aprendió en la Sorbona de París. Estaba seguro de que era ésta su misión en aquel viaje al pasado.

¡Joen Vestry, empero, estaba muy equivocado!

* * *

Partieron a la mañana siguiente, después de recibir la bendición de Galahad y las miradas aviesas y malintencionadas de sus hijos. Shura montaba su caballito y llevaba una acémila con la tienda de pieles, así como varios calderos de latón comprados años atrás a unos mercaderes de Damasco.

Joen iba a pie, con su cayado dirigiendo el rebaño.

Ya eran marido y mujer y tenían una larga vida por delante. Debían viajar siempre hacia el sur, siguiendo el cauce del río, para que nunca les faltase el agua.

Ella iba a la altura de él y ambos vigilaban las ovejas.

—Estoy triste, Shura. Yo no he nacido para pastor,

¿comprendes?

—Estas ovejas nos darán de comer a nosotros y a nuestros hijos.

—¿Ya piensas en tenerlos, Shura? —preguntó él tímidamente.

—¿No somos hombre y mujer? ¿O es que vamos a pasamos la vida solos? Hemos de tener muchos hijos. Y éstos tendrán otros muchos a su vez. Ya ves. De dos que somos nosotros, saldrán cientos, luego miles de seres como nosotros.

Joen se detuvo a reflexionar. Sí, se dijo, Shura tenía razón. Él no podía, con su ciencia, imponer el progreso. Un hombre es muy poca cosa, comparado con la humanidad. No es el esfuerzo de un ser lo que hace avanzar al género humano en su inmutable marcha a través de los siglos… ¡Son todos los hombres los que hacen que el progreso se extienda!

Recordaba la historia y se dijo que, sin los demás hombres, los paladines de la ciencia no habrían hecho nada. Colón, sin la ayuda de muchos, directa o indirectamente, no habría descubierto América. La historia del descubrimiento del átomo se remontaba a los tiempos más antiguos y terminaba con los esposos Curie, que descubrieron el radio y dieron origen a la física radiactiva.

Sí, él debía tener hijos y enseñarles lo que sabía. La escritura, las matemáticas, la geometría. Cincuenta siglos separaban a Shura de Alma Vestry, pero, en el fondo, la mujer seguía siendo igual.

—Tendremos muchos hijos, Shura —prometió.

* * *

Viajaron durante varias semanas. Cuando encontraban terreno verde, para alimentar el rebaño, descansaban varios días. Por las noches en torno a la hoguera, hablaban del pasado, o «futuro», de él.

—Yo sabía que Alma no era precisamente una santa. Pero ¿qué podía hacer? Estaba casado con ella. Sólo el pensar en divorciarme me echaba a temblar. Yo rehuía las complicaciones. Prefería más ir al Zoológico y dar de comer a los animales. Prefiero un niño antes de cien mayores, por su inocencia, por su ingenuidad y su candor. No hay malicia en un niño. Ni siquiera sabe mentir. Se sonroja cuando te pide un caramelo y yo, en broma, le digo que ya se lo he dado.

»También, al regresar del laboratorio, pasaba por una plaza y daba de comer a las palomas».

—¿Trabajabas en un laboratorio? —preguntó Shura—. ¿Qué es eso?

—Un lugar donde se mata el tiempo, intentando buscar un ingrediente capaz de lavar algo.

—¿Agua?

Joen sonrió.

—No, querida. Jabón. El agua y el jabón, mezclados, sirven para lavar.

—Nosotros nos lavamos con agua sola.

—Pero os laváis muy mal… ¿Eh, qué ocurre?

El rebaño se había agitado, inquieto. Las ovejas balaban, brincando, asustadas.

—¡Alguien viene! —exclamó Shura.

—¿Puede ser un lobo?

—No, es un hombre… ¡Mírale!

Ambos se habían puesto en pie. Y, en efecto, al otro lado de la hoguera, surgiendo de las sombras de la noche, apareció un individuo ataviado con un ropón oscuro. Llevaba un zurrón a la espalda y se apoyaba en un largo palo.

Nada más verle los ojos, que relucían en la oscuridad como los de un gato, Joen tuvo un nefasto presentimiento. ¡Eran unos ojos iguales a los de Eliseo Düven, el hombre que, en no sabía qué época de su vida, había querido matarle!

—Jehová sea con vosotros, pastores —saludó el recién llegado con voz hueca.

¡Entonces Joen vio que le faltaba la mano derecha y su muñeca terminaba en un muñón!

—¿Quién eres? —preguntó Shura.

—Soy El Dib, de la tribu de Javan. Voy camino de Gebal, junto al Mar Grande. Pero temo haberme perdido.

—¡Vete! —gritó Joen, recobrando el habla—. ¡Sé quién eres! ¡Te he reconocido nada más verte!

—¿Es ésta la notable hospitalidad de un arameo? —preguntó el recién llegado, mirando a Joen con ojos entornados.

—¡Yo no soy arameo, soy francés! ¡Y tú eres Eliseo Düven!

Shura sujetó el brazo de Joen, cuando éste intentaba retroceder,

extendiendo las manos adelante, en señal de repulsión.

—Ten calma, Joen. Estás obsesionado. ¿Cómo puede este descendiente de Javan haber venido como tú a través del tiempo? ¡Es imposible! Además, bien dice que los arameos somos hospitalarios. Puedes sentarte junto al fuego, El Dib. Comerás con nosotros el queso y la carne.

Joen continuaba temblando y mirando al recién llegado. No estaba loco. Fuese cual fuese el medio por el que había retrocedido en el tiempo, su perseguidor de aquella noche fatídica, la cual no había podido olvidar aún, también había podido emplearlo y aparecer allí, en Aram, como si fuese un viajero en ruta hacia Gebal. ¡Pero él estaba seguro de que venía persiguiéndole y aprovecharía el menor descuido para matarle!

—¡No, Shura; que se marche! ¡Él es el hombre que quiso matarme y amputarme la mano! ¿No lo ves? Está manco como aquél.

—Que Jehová te libre de mi mal —replicó el viajero—. Mi mano me fue cortada por un lobo, mientras dormía, una noche en el desierto. Y por tu modo de recibir al desorientado, en vez de acogerle con agrado y ofrecerle tus mejores manjares, la maldición de Jehová caerá sobre ti.

Antes de que Shura pudiera intervenir, el hombrecillo dio media vuelta y se alejó, perdiéndose en las sombras.

—No has debido despedirle de ese modo, Joen. Nos necesitaba.

—¡Es el diablo en persona! —contestó él, excitadísimo—. Lo sé… ¡Y no quiero volver a verle!

* * *

A la mañana siguiente encontraron un reguero de sangre y echaron de menos una oveja.

—¿No te lo dije, Shura? —exclamó Joen—. Aquel individuo maléfico nos robó.

—No le dimos hospitalidad y tenía hambre. Robar para comer no es delito. Será mejor que recojamos la tienda y continuemos la marcha. Después de todo, una oveja más o menos no significa nada.

Pero las tribulaciones de Joen no habían hecho más que empezar. A partir de aquel momento, no volvería a tener paz ni

siquiera en su nuevo estado. El miedo pondría su corazón en un vilo, sobresaltándole a cada ruido de la noche.

Y Shura habría de reconocer que no le faltaba motivo: ¡a partir de aquella noche, cada mañana, al romper el día, encontraban a faltar una oveja y descubrían el charco de sangre donde el animal había sido sacrificado!

—¡Es la estigma del diablo! ¡Es un indicio, una señal! —gemía Joen—. ¡Viene a por mí y te matará a ti también!

«¡Tú también estás condenada, Shura!».

Ella intentó apaciguarle, diciéndole:

—No digas eso. Hemos perdido ya quince ovejas. Nunca vemos al ladrón, pero esta noche le sorprenderemos. Nos cubriremos con pieles y nos pondremos entre el rebaño. Cuando venga el ladrón, le atenazaremos y recibirá un duro escarmiento.

Fue preciso argüir mucho para convencer a Joen de que debía apostarse por la noche entre el rebaño.

—No estarás solo, Joen. Yo te acompañaré —dijo Shura—. Y llevaremos los palos y las hondas.

—¡Es inútil, Shura! No hay nada que hacer. Nadie puede luchar contra el genio del mal. Eliseo Düven me ha seguido hasta aquí para cortarme la mano y lo conseguirá. Me dijo que ya no necesitaban hacerse una con sanguijuelas gigantes. Me habló de un disolvente que podía unir cualquier injerto. Yo sé que quiere robarme la mano.

—¡Qué tonterías dices, Joen! ¡No quiero oírte más esas cosas! Esta noche agarraremos al ladrón que nos roba las ovejas. Verás cómo se trata de algún escurridizo «asamita» a quien escarmentaremos.

Aquella noche, temblando de miedo y con una piel de carnero sobre la cabeza, Joen fue con Shura y los dos se ocultaron entre el inquieto rebaño. Llevaban consigo recios palos y un cuchillo, regalo de Galahad a su hija, para que pudiera cortar la carne.

Fueron pasando lentamente las horas y el miedo del hombre aumentaba, hasta llegar a ser insoportable. No había luna aquella noche y un viento frío llegaba hasta ellos, procedente del desierto.

Joen estaba acurrucado entre dos ovejas, a las que tranquilizaba acariciando el lomo. Y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

No supo cuánto tiempo llevaba dormido, cuando le despertó un grito terrible y espeluznante.

¡Un grito de mujer!

Se puso en pie de un salto y vio… ¡Los ojos de Eliseo Düven, brillando en la oscuridad!

Luego, algo así como una pantera saltó hacia él…

Capítulo IV

Al retroceder, aterrado, Joen tropezó y cayó de espaldas. Al mismo tiempo, lo que él consideró una pantera con ojos relucientes pasó sobre su cuerpo, golpeando el suelo.

Joen se levantó y echó a correr. No tenía ánimo para luchar. El miedo sólo le incitaba a la huida. Quería alejarse, poner distancia entre él y su atormentador. Sin embargo, no se había alejado cien metros del rebaño cuando se detuvo.

—¡Shura! —gritó.

Y su miedo desapareció. No vaciló más. Dio media vuelta y regresó corriendo. Sólo se detuvo el tiempo suficiente para agarrar una piedra y empuñarla con mano firme, dispuesto a acometer con ella al hombre o a la fiera que les atacaba.

Así, prevenido, llegó hasta donde las ovejas, inquietas, se habían dispersado y balaban lastimosamente en la noche.

Encontró a Shura tendida en el suelo, con el pecho abierto por una tremenda cuchillada. La muchacha acababa de morir.

El terror paralizó a Joen. Apenas veía la tétrica figura que yacía en el suelo. La hoguera estaba a unos diez metros, semiapagada.

Sollozó, dejándose caer de rodillas.

Ya no le importaba que El Dib, o Eliseo Düven, quienquiera que fuese el hombre que le acosaba, se acercarse a él por la espalda y le apuñalara como había hecho con Shura. No le importaba morir.

¡El sufrimiento de vivir en aquellas condiciones era mucho más terrible aún!

—¿Por qué me castigas de este modo, Dios mío? ¿Qué daño he hecho yo?

Continuó monologando junto al cuerpo ensangrentado de la hermosa Shura. Se postró ante ella, hundiendo la cabeza en el suelo

y golpeando la tierra con la frente.

—Yo tenía razón, Shura. Estoy marcado por el infortunio. La sangre me persigue, me violenta. Sé que debo luchar, defenderme, porque la vida exige riesgo. Pero no sé luchar… ¡Sólo sé huir ante el peligro! ¡El miedo me paraliza! ¿Hay modo de luchar contra esto?

«¿Qué debe hacer un hombre en mi caso? ¿Afrontar a Eliseo Düven, y vencerle o morir? ¡No puedo! Le temo. Me repugna causar daño a nadie…».

Shura, inmóvil ante él, muerta, no podía contestarle. De haber podido, le habría dicho: «Estuve equivocada, Joen. Tu infortunio es mayor de lo que pensábamos todos. Pero ya que estás en el camino del horror, ¡defiéndete! ¡Tienes que luchar! ¡Ni siquiera el genio del mal puede contra los valientes que afrontan a sus verdugos con arrojo y decisión!».

«¡¡¡Lucha, Joen; pelea!!!».

El infeliz no podía oírla. Las palabras de la muerta no podrían ser escuchadas jamás por nadie.

Salió el sol, horas más tarde, y alumbró la patética escena del crimen. Allí, ante una Shura desgarrada, el hombre venido del futuro continuaba rezando, pidiendo perdón por algún pecado que hubiese podido cometer sin darse cuenta.

Pero del asesino de la mujer no había el menor rastro. Parecía haberse evaporado en el aire, como si fuese un espíritu maligno, un engendro de las sombras.

Al fin, Joen se movió. Suspiró y se puso en pie. Estuvo más de una hora acumulando piedras sobre el cuerpo de la que había sido su mujer por unas cuantas semanas. Cuando la tuvo cubierta por entero, recogió el cayado y fue a reunir las ovejas y las cabras. Desmontó la tienda de pieles, la dobló, como había visto hacer a Shura, y la cargó sobre la acémila. Luego, subió en el potro y se volvió hacia el montículo de piedras, bajo el que yacía el cuerpo de la hija de Galahad. Dijo:

—No lucharé, Shura. Dejaré que me mate para ir a reunirme contigo al mundo de las eternas tinieblas… ¡No sé pelear! Si me acosa de nuevo, y estoy seguro de que lo hará, no intentaré escapar…

«¡Adiós, Shura; tu presencia a mi lado me hizo muy feliz!».

Al concluir, Joen emprendió la marcha, después de reunir a su

rebaño. Ni siquiera prestó atención hacia donde se dirigía. ¿Qué importaba esto?

* * *

Dos años después, Joen vivía en Gebal.

Poseía tres tiendas: Una de telas, otra de granos y una tercera de vinos. Le llamaban Joen el Benigno o el Bueno, y era el comerciante más respetado y querido de la ciudad.

Precisamente su bondad le había enriquecido. Todos los que trataban con él una vez, se daban cuenta de su honradez. Su trato era el más justo y su precio, el más equitativo. E incluso hacía más: facilitaba géneros a crédito a sus clientes, y prefería más perder el dinero que el cliente.

Sus vecinos, los mercaderes, le decían:

—Irás a la ruina, Joen. ¿Por qué haces esto?

—Os lo diré, amigos míos. Yo vine a Gebal con un puñado de ovejas y varias cabras. Las vendí, porque no entiendo de ganado, y puse un tenderete en el mercado con miel y arrope. La gente acudió a mí y compró mi mercancía, porque era buena y barata. Yo no pensaba enriquecerme robando a nadie. Sólo quería ganar para sustentarme. Pero mis clientes me hicieron prosperar. Todo se lo debo a ellos y no puedo olvidarme de ninguno cuando pasan necesidad. ¿Qué queréis? Todo cuanto tengo me lo han dado ellos. Sí voy a la ruina será porque Dios lo quiere así. Dejadme, pues, seguir ayudando a los pobres y siendo justo y equitativo en mis transacciones.

Así había sido.

El tenderete del mercado se convirtió en la tienda de granos. Luego, un comerciante le vendió la tienda de telas. Y cuando una nave llegó de Sidón cargada de odres de vino y el comerciante que los vendía no encontró a nadie que se quedase los odres, Joen los compró a un precio justo y puso la tienda de vinos. Parecía que Dios había puesto su bondad sobre él, favoreciéndole en todo, puesto que cuando los otros mercaderes vaticinaban su ruina, él obtenía beneficios y aumentaba sus negocios.

Habían pasado dos años. Las ovejas que vendió por un exiguo número de «siclos» se habían transformado en «talentos». Sus viejas

ropas eran ahora de ricas telas de Damasco, y le ayudaban cien siervos en su trabajo. Constantemente, las mercancías de Joen estaban recorriendo los desiertos, en largas caravanas, o surcando los mares, en grandes naves. Trigo, telas y vinos iban y venían de sus tiendas de Gebal.

Una de las aficiones de Joen, aunque tuviese el buen cuidado de no decirlo a nadie, era comprar esclavos en el mercado y darles la libertad y una bolsa de dinero para que se establecieran en otra parte y fuesen libres.

Podía hacerlo porque sus beneficios, siempre honestos, iban en constante aumento. Pero jamás se lo decía a nadie, ni siquiera a sus amigos más íntimos.

Invariablemente, los viernes por la mañana, embozado el rostro para no ser reconocido, se hacía llevar en una litera cerrada hasta la plaza donde estaban los esclavos. Allí elegía a dos o tres, los que a su juicio parecían más desdichados y cuyo destino podía ser el de terminar sus días amarrado al remo de una nave, y los compraba. Luego, les daba dinero y los llevaba a las afueras de la ciudad y allí les decía:

—Id con Dios y sed libres y felices.

Precisamente, uno de aquellos esclavos que él había comprado y liberado, lo volvió a encontrar de nuevo en el mercado. Sorprendido, lo volvió a comprar y lo llevó a una casa de comidas, donde le preguntó:

—¿No te di libertad y dinero para que pudieras vivir? ¿Por qué te han capturado de nuevo?

El esclavo contó su historia.

—Iba en una caravana hacia Damasco cuando nos asaltaron los bandidos «asamitas». Mataron a todo el que opuso resistencia y se apoderaron de cuanto teníamos. El jefe de la partida, un demonio manco llamado El Dib, nos encadenó… ¿Qué os pasa, señor?

Joen había palidecido al oír aquel nombre. Luego lo había de escuchar muchas veces más. El Dib, el Sanguinario, se habría de convertir en un azote para las caravanas de la región. Y ni siquiera los arqueros del «Mihzam» podían con él.

A este respecto, Joen Vestry había de asistir a una reunión de mercaderes, en la que se propuso unir las caravanas a fin de formar número suficiente de portadores para poder defenderse de El Dib.

Joen accedió a todo, pero desde aquel momento ya no durmió tranquilo.

Así, volvió a dar libertad y dinero al esclavo y regresó a su casa. Al día siguiente, su criado más fiel le anunció una visita.

—Dice llamarse Tebe, hijo de Galahad, señor —dijo el criado.

Joen no había podido olvidar a Shura en aquellos dos años. Pero no supo qué decir a Tebe.

—Hazle pasar, Besor. Le recibiré —contestó al criado.

Tebe, ataviado con humildes ropas, sucio y descuidado, entró en la sala suntuosa donde estaba Joen y se postró de rodillas en el suelo, gimiendo:

—¡Loor, cuñado Joen, esposo de mi hermana Shura!

—Levántate, Tebe. No te he olvidado. ¿Cómo está tu padre y mi buen suegro?

—Murió, Joen. Abatió su noble cabeza al poco de irte tú con Shura. Luego, este indigno siervo se ocupó de la tribu.

—No te veo muy opulento, Tebe. ¿Qué te ha ocurrido?

—Las desgracias se han cebado en mí desde la muerte de mi padre. Mis hermanos me dejaron, llevándose casi todas las ovejas. Mis siervos me abandonaron también y una mujer harpía que llevé a mi tienda terminó por huir con Gera, arramblando con el cofre del oro… ¡Estoy en la ruina, buen Joen!

—No te aflijes, Tebe. Yo te ayudaré. Te daré ovejas, tierras y «talentos». Mi cuñado debe recobrar su riqueza para conservar el nombre preclaro de la tribu de su padre.

—¡Gracias, buen Joen; Jehová te colmará de bienes!

Y Joen cumplió su palabra con Tebe.

* * *

En cuanto salió de la casa de Joen, Tebe fue a una choza que había junto a la muralla de la ciudad, en cuya puerta llamó suavemente, mirando con recelo a su alrededor.

La puerta se abrió y un hombre de corta estatura, barbudo y sucio, apareció en el umbral. Tebe le saludó y notó el brillo inusitado de los ojos estriados del otro.

¡Eran ojos de felino y repugnaba el verlos!

Además, el hombrecillo era manco.

—¿Le has visto, Tebe?

—Sí, El Dib —contestó el primogénito de Galahad—. Y me ha ofrecido ayuda.

—¿Has entrado en su casa?

—Sí. Tú tenías razón. Todas las puertas y ventanas están herméticamente cerradas por dentro. Además, sus criados llevan espadas curvas. Sé que tiene diez nubios que matarían al lucero del alba si intentase penetrar en su mansión.

—Lo sé. Cuando va a las tiendas, los nubios le dan escolta. Por eso te he enviado a ti. Tú me ayudarás, Tebe, y te devolveré tu rebaño.

—¿Qué harás con mis hermanos?

—Lo que tú quieras —contestó El Dib en tono venenoso.

—¡Mátalos, pues! No quiero repartir con ellos las propiedades de mi padre.

¡En Tebe había tanta maldad como el El Dib, el Sanguinario, aunque la de aquél era ambiciosa y la de éste una simple obsesión paranoica, incitada por una vesania esotérica!

—Los mataré, descuida. Ahora, hablemos del modo de apoderarnos de la mano de Joen Vestry. Escucha bien, Tebe. Tú, Cis y yo penetraremos una noche en su casa.

—¿Quién es Cis? —preguntó.

—Una bellísima esclava «hetea» que capturé y cuya voluntad tengo sometida. La venderemos el viernes en el mercado y saldrá a subasta en el momento en que aparezca Joen.

—Eso está bien. Pero ¿por qué no le atacamos en el mercado?

—¿Estás loco? Está lleno de gente. No podríamos hacer nada. Es mejor ser astutos. Además, sus criados le siguen a todas partes. No, él comprará a Cis en cuanto la vea y se la llevará a su casa.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Tú estarás en la casa de Joen, y entre los dos, tú y Cis, emponzoñaréis el vino de los criados. Luego abriréis la poterna y entraré yo… ¡No podrá escapar y su mano sería mía, al fin!

Era una maquiavélica conspiración, fruto de la mente demoníaca de El Dib, quien terminó diciendo:

—Tuyo será todo el dinero de Joen.

—¿Es Cis tan hermosa como dices?

—¡Mucho más!

—¿Me la darás?

El Dib sonrió con crueldad.

—¿Serás capaz de meter en tu lecho a una víbora?

Luego rió, y Tebe, malvado mil por mil, se estremeció.

* * *

Sabiendo que su enemigo El Dib capitaneaba una horda de «asamitas» ladrones, Joen se había hecho rodear de siervos armados. Tenía dinero para pagarlos y los cuidaba bien, por lo que estaba seguro de que le protegerían.

Así, confiado, salió aquel viernes, en su litera cerrada, hacia el mercado de esclavos. Seis gigantescos nubios, de piel morena y largas cimitarras, le daban escolta. Los cuatro portadores de la litera también iban armados. Pero, por las calles de la ciudad y a la luz del día, Joen se sentía seguro.

Sin embargo, aquella mañana estaba preocupado. Su cuñado Tebe había venido a pedirle hospitalidad, alegando que encontraba dificultad en conseguir el rebaño. Le dijo:

—No quiero que gastes mucho dinero, Joen. Así, con tu permiso, esperaré una oportunidad. Me han hablado de un rebaño en venta, a muy buen precio, que vendrá la semana próxima. Si mientras llega el rebaño me dejas vivir con tus criados, aprovecharé la oportunidad de servirte yo también y lavarte los pies por lo mucho que te debo.

—Puedes quedarte, Tebe. Pero recuerda que mis puertas se cierran al ponerse el sol y no se abren hasta el día siguiente. Nadie puede salir o entrar de mi casa durante la noche.

—La noche se hizo para descansar, Joen. Respetaré tus costumbres.

Empero, Joen deseaba que su cuñado Tebe se fuese cuanto antes. No acababa de gustarle su presencia, aunque reconocía que Galahad, el padre de Tebe, le acogió en momentos difíciles.

Detuvo la litera en la plaza donde se vendían los esclavos. Su fiel criado Besor se acercó y él descorrió la cortinilla de Damasco.

—Hoy compraremos sólo uno, Besor —dijo Joen—. El dinero que he dado a Tebe me ha dejado casi arruinado. Ya sabes que mi nave de vino no ha regresado.

—Sería mejor no comprar ninguno, señor —contestó Besor—. Podemos volver otro día.

—No. Prometí, mientras pudiera, libertar algún esclavo cada semana y no estoy tan pobre como para no cumplir.

En la tienda de colores ante la que estaba el fornido tratante de esclavos, alguien señaló disimuladamente hacia la litera de Joen. En el acto, dos ayudantes sacaron de la tienda a una muchacha, cuya contemplación hizo extenderse un murmullo entre la multitud congregada en torno a la plaza.

—¡Alabado sea Jehová! —exclamó Besor, al ver a la esclava—. ¿Habéis visto, señor?

—Sí —contestó Joen—. Es la mujer más hermosa que he visto nunca. Será el deleite de algún rico prohombre de Gebal. No nos interesa. Compraremos algún otro esclavo desdichado.

Aquella decisión pudo haber malogrado los planes de El Dib, de no haber estado allí, oculto entre la gente, el propio Tebe, quien, al ver que su cuñado no hacía ninguna oferta, se mordió los labios y se acercó, mientras cuatro o cinco ricos mercaderes pujaban con un militar por la muchacha «hetea».

—Joen, ¿has visto qué criatura? —preguntó Tebe, acercándose.

—Sí, muy bella, Tebe —contestó Joen, asomando solo la nariz entre las cortinillas—. No la quiero.

—¿No? Sería la hurí de tu casa. Hombre tan rico como tú merece una esclava como ésa.

—No quiero esclavos en mi casa. No, Besor; no compres.

—¡Pero Joen, si no la quieres tú, déjame que yo la compre!

—Haz lo que quieras —contestó Joen, disgustado.

—Es que… Sólo tengo el dinero que tú me has dado. Oye, Joen, déjame pujar por ella. Estoy seguro de que en pocos días habrá quien me pague el doble por ella. Habré hecho un gran negocio y podré devolverte el dinero que me has dado.

—No debes devolverme nada, Tebe. Pero, si crees que vas a ganar dinero, haz lo que quieras.

—¿Puedo llevar a esa esclava a tu casa hasta que la venda?

Joen vaciló. Pero la belleza de Cis, que había cautivado también a Besor, le hizo intervenir:

—Apruébalo, mi señor. Será grato a los ojos de todos tener en nuestra casa a una muchacha como ésa.

—Está bien, Besor… ¡Puedes comprarla, Tebe!

Cis era, sin duda alguna, la más bella escultura humana de mujer que se había subastado en el mercado de esclavos de Gebal. El tratante no hacía más que encomiar sus cualidades, haciéndola que adoptara voluptuosas posturas, para que, a través de los sutiles velos que la cubrían, todos pudieran admirar sus maravillosos encantos.

En aquel instante, los mercaderes ofrecían veinte libras de plata por Cis, mientras que el militar se había retirado, no pudiendo competir con ellos.

—Ofrezco treinta libras —exclamó Tebe, agitando dos bolsas sobre su cabeza—. Y si no fuese bastante, un pariente mío, al que todos conocéis como «El hombre de la Litera», me dará el dinero que le pida para comprar esa mujer.

Los mercaderes miraron a Tebe y luego hacia la litera cerrada. Comprendieron que nada podían hacer y optaron por no pujar más. Una mujer, por muy bella que fuese, no merecía llevarles a la ruina.

Así, Tebe pagó treinta libras, y Cis, sonriendo de manera cautivadora, bajó de la tribuna, para ser acompañada por Tebe hacia la litera de Joen.

—Será mejor que la lleves a tu casa en la litera, cuñado —propuso Tebe—. Es liviana como un soplo y creo que más te pertenece a ti que a mí.

—Es tuya, Tebe. Puedo llevártela a casa y bañarla con sales aromáticas. Pero te pertenece.

—¡Yo te la presto! —insistió Tebe.

—Bueno, que suba. Pero es tuya. Ya hablaremos en casa durante la comida.

La gente no pudo ver a Joen cuando éste descorrió la cortina para que subiera Cis, pese a la curiosidad que sentían por conocer al «Hombre de la Litera», pues él se había cubierto el rostro con una tela de seda. Pero cuando Cis estuvo a su lado, se destapó y la miró:

—Eres muy bonita. Te llamas Cis, ¿verdad? —Ella asintió y Joen siguió preguntando—: ¿Qué edad tienes? ¿De dónde eres?

—Tengo dieciséis años y soy del norte, de un lugar llamado Bet-Arat…

¡Jamás he tenido amo y tengo mucho miedo! Me vendieron en mi país y ese traficante me ha traído aquí… ¿A quién pertenezco, a ti o

al hombre que ha pagado por mí?

—A él. Pero no temas, preciosa. Te ayudaré.

Joen no captó el brillo extraño que refulgió en los bellos ojos de Cis. La litera se había puesto en marcha y se recostó en los cojines… ¡No sentía deseos de volverse a casar con nadie!

CAPÍTULO V

Cis y El Dib se compenetraban perfectamente. Ambos eran genios maléficos y sus mentes estaban distorsionadas por la maldad y el odio, aunque la primera fuese bella como la obra de un artífice genial y el segundo, un engendro brotado del averno.

El Dib había atacado una caravana y en ella se encontró a Cis, que le atrajo desde el primer instante. Después de un cambio de impresiones, ambos se comprendieron y se compenetraron.

Ahora, ella colaboraba en la diabólica maquinación elaborada contra Joen Vestry.

Cis se había instalado en casa de Joen, y aquella misma noche, El Dib consumaría su maldad.

¡Todo había sido dispuesto así en el más allá!

Joen estaba haciendo cálculos en una pizarra que colgaba de su cinto, sentado en un blando tapiz, cuando Besor, el criado, entró en su aposento.

—Señor —dijo—. Cis, la esclava, desea verte.

—¿Para qué? No me pertenece. Es de Tebe.

—Sí, pero quiere verte. Dice que tiene algo que tratar contigo.

—¿Ha vuelto Tebe?

—No.

—Bueno. Tráela aquí. Hablaré con ella.

Besor se retiró, inclinando la cabeza; al poco regresó, acompañado por la bella Cis, cuyo atuendo había cambiado por gasas más transparentes que las empleadas cuando fue vendida.

Ella se aproximó adonde estaba Joen y se hincó de rodillas.

—Señor, poderoso mercader, amo mío —empezó a decir Cis—. No sé quién es mi amo. ¿Eres tú o es el hijo de Galahad?

—Perteneces a él, Cis. Tebe es mi cuñado y huésped. Yo di el

dinero a Tebe para comprarte.

—Es que yo no quiero ir con él a su tienda, benigno Joen. Tus criados me han hablado muy bien de esta casa y me gustaría quedarme aquí. Soy la única mujer que vive aquí y prometo darte la más completa felicidad.

—¡No! —atajó Joen—. Irás con Tebe.

Los grandes y rasgados ojos de Cis intentaron penetrar en Joen, hacer temblar su determinación, incitarle. Y estuvo a punto de conseguirlo. Él no había visto jamás una mujer como aquélla.

Su bondad, empero, le hizo decir:

—Sal de aquí. ¡Vete! Si eso es todo lo que deseabas decirme, ya lo has dicho. Ahora, retírate.

—Escúchame, Joen —insistió ella—. Seré tu salvación… ¡Quiero estar contigo! Si me aceptas por esclava, te ayudaré.

—¿Qué quieres decir? ¿No comprendo que no puedo hacer lo que me pides? ¿Qué has visto en mí que no tenga Tebe? Él te compró y yo no puedo traicionar a un pariente.

—¡Él es muy capaz de traicionarte a ti! —replicó Cis, despechada.

—¿Qué insinúas? ¡Sal de aquí ahora mismo, pérfida y tentadora mujer!

—Me gustas, Joen. Soy capaz de vender mi alma por un favor tuyo. ¡Jamás vi a nadie como tú ni sentí pasión tan intensa!

—¡Basta! —rugió Joen, poniéndose en pie—. ¡Sal de aquí ahora mismo o te haré arrojar a la calle por mis esclavos!

El rostro de Cis se demudó. Lo que antes parecía pureza y hermosura se convirtió, de pronto, en máscara de odio y venganza. Se puso en pie y musitó, entre dientes:

—Tú lo has querido, señor… Ésta, tu sierva, se retira. Espero que no tengas que arrepentirte de haberme despreciado.

Cuando la muchacha salió, Joen se quedó paseando arriba y abajo de la estancia, sin ganas de continuar haciendo cálculos en su pizarra. No le había gustado nada la amenaza encubierta en las palabras de Cis, y por esto se dijo:

—No debí alentar a Tebe a comprarla. Será mejor que se vaya de mi casa cuanto antes. Si Tebe no se la lleva mañana mismo, la echaré yo… ¡Esa muchacha es una fiera!

Aquella noche, Cis estuvo departiendo con los nubios, bailando

para ellos y bebiendo en sus vasos. A espaldas de Joen, los siervos habían organizado una fiesta en el sótano. Y cuando más distraídos estaban, la taimada hetera vertió un cuenco que contenía una pócima en el vino de los nubios.

Luego, a la luz de las antorchas, continuó bailando hasta que, uno tras otro, los criados cayeron amodorrados. Fue entonces cuando apareció Tebe en la escalera y la llamó:

—Cis, ¿ya está?

—Sí, Tebe. La casa es nuestra. Ahora podremos abrir la poterna y dar paso a El Dib. Es preferible que vayas tú, Tebe. Yo iré a mi cuarto a recoger mis prendas. Habremos de huir inmediatamente de aquí.

—Está bien. No te entretengas.

Tebe se alejó y Cis abandonó el sótano y las figuras inconscientes que yacían por el suelo, para dirigirse a la parte superior de la morada. Pero no fue a su alcoba. Aquella turbadora mujer había sido desdeñada y en su pecho se agitaba una pasión volcánica.

Era infiel a todo, excepto a sus propias pasiones. Y no le importaba traicionar a El Dib, aun a sabiendas de que podía costarle la vida, con tal de satisfacer su anhelo bestial.

Ella fue la que llamó a la puerta de la alcoba de Joen Vestry, diciendo:

—Ábreme, Joen… ¡Tu vida está pendiente de un hilo!

Dentro de la alcoba se oyó una exclamación. A través de la madera de la puerta llegó la voz sobresaltada y excitada de Joen:

—¿Qué ocurre? ¿Qué significan tus palabras?

—Déjame entrar y te salvaré la vida. ¡Pero hazlo pronto, por Satanás! ¡El Dib y tu cuñado Tebe se han confabulado para matarte esta misma noche! Yo he narcotizado a tus sirvientes y ahora todos duermen en el sótano.

Joen abrió la puerta.

Cis entró, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Es cierto, Joen. Ahora, cierra la puerta antes de que vengan El Dib y Tebe… ¡Quieren cortarte la mano, matarte y robarte!

—Pero… ¡Esto es monstruoso! ¿Cómo se han podido confabular de este modo? ¿Qué pruebas tengo de que me dices la verdad?

—¡Velo tú mismo con tus propios ojos! —respondió la hermosa

Cis—. Asómate a la balaustrada y verás a Tebe y a El Dib subiendo hacia aquí.

Joen salió al pasillo. Por uno de los ventanucos que daban al patio posterior, alumbrado por antorchas, vio las sombras de los dos hombres. ¡Y vio al sádico de los ojos de felino y la mano amputada, que subía sigiloso detrás de Tebe!

Regresó trémulo a su cuarto y cerró la puerta con doble pestillo.

—¿Por qué quieren matarme? ¿Lo sabes tú, Cis? —preguntó a la muchacha «hetea».

—Tebe quiere tu muerte por codicia. El Dib es un demonio. Tiene algo contra ti, que es mucho más fuerte que su propio ser. ¡Debe de ser un mandato del infierno, pues admite que no le has hecho nada y sólo desea cortarte la mano para curar su amputación!

—¡No conseguirá mi mano! —gritó Joen.

—¿Qué piensas hacer?

—No les dejaré entrar.

—Derribarán la puerta. ¿No tienes ninguna salida secreta para escapar?

—No… Aunque… Esas sábanas de seda podrían servirme para descolgarme por la ventana a ir a refugiarme a casa del «Mihzam». Allí me protegerán los arqueros.

—¡Date prisa, pues! Ya están llegando.

Joen tomó las sábanas de seda y se acercó con ellas a la ventana. Miró fuera y calculó la altura. En aquel mismo instante, Tebe llamó a la puerta de la alcoba, diciendo:

—Joen, abre, quiero darte algo.

—¡Vete, malvado! —rugió Joen—. Sé que has querido matarme, pero no lo conseguiréis. Dile a El Dib que jamás podrá tener mi mano.

Una maldición espantosa sonó en el pasillo.

Cis ayudó a Joen a atar la sábana a un pedestal, destinado a colgar las antorchas. Ambos tiraron con fuerza y premura, para comprobar si la atadura resistía.

Recios golpes se escucharon en el pasillo, asestados contra la puerta.

—¡Date prisa, Joen! —apremió Cis, empujándole hacia la ventana—. Tenemos que escapar.

—¿Por qué haces esto, Cis? ¿No estabas confabulada con ellos

para matarme?

—Sí… Pero soy mujer y caprichosa. Juego con los hombres como el gato grande juega con el ratón pequeño. Soy mala, como El Dib y Tebe, pero me gusta jugar a ser buena… ¡Quizás sea mi último capricho! ¡Date prisa, la puerta se viene abajo!

En efecto, golpeada con un largo y recio banquillo, la puerta de la alcoba de Joen se desprendió de sus goznes. El mercader descendía ya hacia el patio cuando la madera cayó, y Tebe, seguido de El Dib, penetró en la estancia.

Allí, frente a ellos, triunfante y sonriente, estaba Cis, mostrando su cuerpo casi al desnudo, incitante y turbadora.

—¡Ah, mis cómplices! ¡Os he burlado! ¡Le he ayudado a escapar!

—¿Por qué? —rugió El Dib, enarbolando su afilado cuchillo de hoja curva.

—¿Por qué? ¿Y me lo preguntas? ¿Has olvidado que soy Cis, la Voluble? ¡Qué necio eres, El Dib! Me gusta traicionar a las gentes y tú, tan demoníaco… ¡Aaaaaagh!

El Dib no quería perder más tiempo, escuchando sandeces de una mujer. Su cuchillo pareció saltar hacia delante y la punta de la hoja penetró en el pecho de la muchacha.

Brotó la sangre al mismo tiempo que su grito de muerte. Mas, alcanzado el corazón por el acero, la muerte selló los labios de Cis para siempre.

En realidad, Cis de Hete moría por haberse encaprichado de un hombre. Y como había sido menospreciada por nadie, se sintió en deuda y no vaciló en revelar sus planes y salvar la vida del hombre que la despreciaba como mujer.

Quizá pensó que Joen valía más que todos ellos.

* * *

Joen Vestry se dejó caer al patio y luego corrió hacia la puerta de la poterna, que estaba abierta. Salió al callejón posterior y corrió en la noche como alma en pena. No era la primera vez que huía de un manco que tenía luz en la mirada y los ojos estriados.

Era la segunda vez y estaba casi seguro de lo que iba a ocurrir.

Por este motivo no se extrañó en absoluto cuando se halló vagando en la noche, jadeante, ¡no corriendo por las calles mal

empedradas de Gebal, sino como vagando entre brumas sombrías, sin ver nada en torno suyo, ni reconocer forma alguna!

Así debió de estar horas, ¡tal vez siglos!, él no podría jurarlo, aunque ya tenía una vaga experiencia similar. Ni siquiera opuso resistencia a la somnolencia que le fue invadiendo y que parecía fruto directo de la fatiga.

Luego se sintió caer, caer, caer… ¡Y la nada le envolvió!

También tuvo un sueño. Remoto, pero relacionado con él. En primer lugar se vio a sí mismo, cubierto con una piel de oveja, ocultándose en la noche. Después vio…

* * *

Shura empuñaba el cuchillo que le había dado su padre. Sus grandes ojos intentaban taladrar la penumbra, más allá de donde alcanzaba el radio de la luz de la hoguera.

Había visto moverse algo, pero no estaba segura de que no fuese una oveja o una cabra. Tampoco quiso avisar a Joen, cuyo prolongado silencio le tenía extrañada, por no dar la alarma y ahuyentar al furtivo exterminador de ovejas, fuese hombre o animal.

En estas vacilaciones, empuñando férreamente el cuchillo, oyó un jadeo muy cerca. ¡Y vio los dos ojos suspendidos en la noche!

Un instante después, sin haber podido recobrarse de su asombro, los dos ojos se agigantaban y una forma oscura que venía tras ellos la golpeó, arrojándola al suelo.

Shura chilló, pero su grito quedó ahogado en su pecho cuando una hoja de acero se lo abrió con violencia, causándole la muerte.

El rebaño se alborotó y la sombra furtiva se puso en pie, mascullando algo entre dientes.

—¡No es él! —Pareció decir.

Sin embargo, al instante, lo vio. ¡Allí estaba el individuo que tenía orden de exterminar! Y no vaciló dos veces. Lo imperioso de aquel ineludible mandato se había convertido en tormento. ¡Era preciso matar cuanto antes y librarse de la angustia que le producía la prolongada situación!

Su salto fue hacia el vacío.

No sólo no encontró a su odiada víctima, sino que se encontró

flotando en un ambiente etéreo e inefable, en donde se disiparon sus ansias de matar.

Por este motivo, después de exterminar a la segunda mujer de Joen Vestry, aquel genio maléfico se vio postergado a la oscuridad de los abismos infinitesimales, para salir de ellos veinticuatro meses después, por nuevo e imperioso mandato, a fin de consumar el homicidio ordenado.

¿Qué estaba ocurriendo?

Nadie podía decirlo. Los dos personajes del drama, el perseguido y el perseguidor, obraban a impulsos ajenos, iban y venían en el tiempo y el espacio, relacionándose con gentes desbibujadas, y las únicas personas concretas eran mujeres como Alma Vestry, Shura y la esclava Cis.

En su sueño —si a tal sensación podía llamársele sueño—. Joen vio todo aquello, como anteriormente había visto morir a Alma Vestry, sin estar él presente. Lo había visto o algo se lo había dicho. No podía precisarlo. De lo que sí estaba cierto era de que aquellos horrores habían existido, no eran un mito, y que las tres mujeres habían muerto.

¿Hasta cuándo iba a durar aquello?

¿Es que no había nadie capaz de contener al engendro que representaba El Dib o Eliseo Düven, pues aunque fuesen personas distintas, en esencia, ojos y mano cortada, eran el mismo?

¿Qué hacer, pues?

* * *

Primero apareció Alma Vestry, ataviada con blanca y larga ropa, suelto el cabello. Venía de las sombras, caminando despacio, triste y apagado el rostro y con una transparencia que más tenía de irreal que de concreto.

Se detuvo a escasa distancia y extendió la mano:

—Tienes que luchar, Joen… ¡Ya basta de huir! Tu destino no está en la huida. Si quieres rehacer tu vida, apurar tu cáliz de hiel, debes luchar. No puedes pasar los siglos huyendo.

—Yo no sé luchar, Alma. Tú lo sabes.

—Sí sabes. Lo malo es que antepones tu bondad de corazón a todo lo demás. El miedo te hace ser cobarde. Pero en la lucha todos

tienen miedo. ¡Incluso Eliseo Düven tiene miedo, pero se lo guarda! Su maldad puede más.

«Si tu valor pudiera más que tu bondad, lucharías cara a cara. ¡Y como tu causa es justa, estoy segura de que vencerás!».

«¡Lucha, Joen Vestry!».

La borrosa imagen de Alma empezó a esfumarse, hasta desaparecer absorbida por las sombras brumosas que le envolvían todo.

Un instante después, y también del mismo punto donde había aparecido Alma, surgió la borrosa figura de Shura, hija de Galahad. También llevaba un largo sudario blanco y el cabello suelto. Estaba muy bella y su semblante era más triste y grave que el de Alma. Sus palabras parecían proceder de ultratumba cuando musitó:

—Sí, Joen. Cuando viniste a nosotros, yo ignoraba lo que te sucedía. Ahora que lo sé, te compadezco con toda mi alma. Al mismo tiempo, te envidio, pues tu destino es más bello y sublime que el mío.

»A ti te han asignado una misión maravillosa. De ti depende que los seres humanos gocen de bienaventuranza en el más allá o continúen como hasta ahora, gozando de los placeres del espíritu.

»Tú has sido elegido para representar al bien en la Tierra, y tu perseguidor es un demonio viejo y maligno, que representa el mal. Nadie, ni siquiera nosotros, que somos ya espíritus puros, podemos saber quién vencerá en esa lucha. Yo sé que Eliseo Düven sabe más que tú y es más tenaz. Pero también sé que es más voluble e inconsciente. El acoso le fatiga y puedes vencerle por cansancio.

»Pero no es ése el medio de triunfar, Joen. ¡Tienes que luchar contra él, tienes que dejar de huir y hacerle frente de una manera resuelta! Bien sé que puede acabar contigo y cortarte la mano derecha, que es su incentivo, pues el destino arrancó la mano a ese demonio y la hizo desaparecer, dejándole con vida como nuevo Ahasvero.

»Y él busca su mano para poder romper una cadena que le ata al abismo de los tiempos. Si logra romper la cadena, el mal se desencadenará sobre la humanidad y conoceréis plagas, enfermedades horribles y miserias incruentas. ¡Tienes que vencerle, Joen! ¡Tienes que luchar y derrotarle!… Piensa que él sólo emplea las armas de su maldad, ¡de igual modo que tú puedes emplear las

armas de tu bondad, y derrotarle!

»¡Anda, ve a la lucha, Joen! ¡Ten fe en ti mismo!».

Al borrarse la imagen de Shura, Joen, desde su vacío dimensional, vio acercarse a Cis, la esclava «hetea», que también venía ataviada con el ropón clásico de los espíritus eternos.

Cis era ahora mucho más bella, y su cuerpo, en medio de la bruma, parecía alabastro cincelado por Fidias. La muchacha sonrió y dijo:

—Aquí me tienes cual soy, Joen. Los hombres me hicieron perversa porque me deseaban. Yo pequé, herí, maté y traicioné. Ahora, en mi destino final, no puedo engañar a nadie. Tal vez, si tú quieres, me salvaré como espíritu puro y podré gozar de la Divina Luz, porque mis faltas fueron muchas, pero la misericordia de Dios es mucho mayor aún.

»Pero no he venido a verte para esto, Joen. Yo, a mi modo vergonzoso, te quise. Ahora te quiero por lo que representas para el género humano. Tú has entablado la lucha entre el bien y el mal. Tú y El Dib habéis sido los elegidos. Pero hasta el presente —¡y por eso digo que el Divino Ser es infinitamente misericordioso!— llevas la peor parte. De seguir así, llegará un momento en que no podrás seguir huyendo y tu enemigo te vencerá.

»¡Y eres tú quien debe vencerle a él! ¡Todos lo queremos así, y así tiene que ser!

»Tu mano derecha, puesta en ti por un designio arcano y misterioso, no te pertenece. Es el estímulo de El Dib para luchar, para matarte y quitártela. Esa mano tuya fue de él y con ella puede hacer mucho más daño… ¡No permitas que te la arrebate!

»¡Lucha, Joen; véncele!

Después de decir estas palabras, la imagen de Cis empezó a desvanecerse también. Joen, tendido en las brumas de la nada, extendió su mano hacia ella, pretendiendo aferraría, pero sólo tocó el vacío.

—¡Gracias por el aviso! Es lo que necesitaba saber. No sé quién os ha enviado, pero me habéis iluminado. Ahora sé lo que se espera de mí y no os defraudaré… ¡Lucharé hasta mi última gota de sangre para vencer a mi enemigo!

«¡¡Y le venceré, estad seguras!!».

De la nada llegó hasta Joen una risa demoníaca y burlona…

CAPÍTULO VI

Akdo-68-K. N. miró al hombre que estaba tendido ante él, gravitando a un metro y medio del suelo, sin apoyarse en nada, suspendido en la atmósfera pura de la estancia de cristal translúcido.

—¿Dónde le habéis encontrado? —preguntó a nadie, pues nadie había junto a él, excepto el «ingrávido».

De alguna parte, del suelo, del techo o de los cuatro muros, surgió una voz. En realidad, no fue una voz, sino una «teleidea» transmitida desde el exterior.

—Yacía junto a la pista móvil de Tlaxcala. Abrió los ojos en el momento de acercarnos a él, pero le adormecimos, quitándole las ropas y el peso.

Joen Vestry, el «ingrávido», estaba completamente desnudo ante Akdo-68-K. N.

—Son ropas actuales, como las nuestras, pero hechas en otra época.

—¿Puede ser un espía Alteo-Owir?

—Imposible —contestó el «teleidea»—. Su organismo es terrestre, ¡genuinamente de aquí! Pero coincidimos en que nació hace mucho tiempo. ¡Y fíjate en su mano derecha! No es igual que la izquierda. Thak-14-O. P. creyó, en principio, que sería un injerto. Más aún, dijo que la cohesión hormonal es perfecta, aun cuando las células genéticas de mano y brazo son distintas. Hemos tenido que disuadirle. Estaba equivocado.

Akdo-68-K. N. examinó la mano derecha de Joen Vestry, quien continuaba inmóvil en el aire. De haber sido un hombre impresionable, el funcionario se habría impresionado. En cambio, se limitó a fruncir el ceño. Murmuró:

—Muy singular. Soldadura perfecta. Yo diría que es de nacimiento… ¡Y es raro para un hombre tan antiguo!… Le interrogaré y saldré de dudas.

—Su cerebro no capta nuestras ondas, Akdo-68-K. N. Lo hemos comprobado. Es preciso hablarle.

—¿Entiende algún lenguaje?

—Eso es otro enigma, Akdo-68-K. N. —fue la respuesta telepática—. Nos entiende, pero nosotros no le entendemos a él. Dice cosas como «Joen Vestry, París, químico, laboratorio, perseguido por Eliseo Düven, trasladado sin saber cómo a época remotísima, etc.».

—¿Y qué sentido tiene todo eso?

—Es un antiguo.

—¿De qué siglo?

—Veinte, Era Cristiana.

—¡Imposible! —exclamó Akdo-68-K. N. mentalmente—. De esa época no pueden venir hasta nosotros. La inversión del tiempo, en sus más remotos orígenes, parte del siglo XXX de dicha era.

—Repito que ese hombre es un enigma. Escapa a todo cálculo, pronóstico y control.

—Está bien. Me esforzaré y hablaré con él.

Akdo-68-K. N. tocó ligeramente al «ingrávido» y le hizo ponerse en pie, apoyando las plantas de los pies en el suelo. Luego, se dirigió al muro translúcido y… ¡se filtró a través de él!, desapareciendo al otro lado.

Regresó un instante después por el mismo procedimiento, trayendo en las manos un atavío color azul, como el que vestía él. Joen Vestry se encontraba de pie, como dormido e inmóvil, cerrados los ojos y respirando débilmente.

Akdo-68-K. N. transmitió una orden mental y Joen abrió los ojos.

—Toma. Ponte esto —Akdo-68-K. N. pronunció las palabras despacio, haciendo un visible esfuerzo. Su boca sin dientes no estaba habituada a las palabras.

Hacía muchos siglos que los hombres no hablaban y sólo algunos científicos, como Akdo-68-K. N., experto en lenguas muertas y filólogo, tras intenso estudio y adiestramiento fonoauditivo, podía articular palabras.

—¿Qué…? ¿Dónde estoy? —preguntó Joen, confuso, alargando la mano para tomar la prenda.

—Tú estás en Ozulua-Cien Mil Dos —contestó Akdo-68-K. N., despacio, mientras su cerebro luchaba para convertir las ideas en palabras, cosa que lograba con evidente esfuerzo—. Es la 223 ciudad del Segundo Mundo.

—No entiendo nada… ¿Cómo se pone esto? —preguntó Joen, dándole vueltas a la prenda azul, sin ver botones, cremalleras o cierre.

—Déjame… Yo «te ayudar»… Perdona mi lengua. He estudiado mucho, pero no lo bastante… Esta ropa es «viva». Se pone sola… Así.

Akdo-68-K. N. colocó el vestido sobre el cuerpo desnudo de Joen. Inmediatamente, el tejido envolvió el cuerpo, quedando ajustado a él. Un suave calor abrigó a Joen, quien sonrió, extrañado.

—¿Cómo es posible esto?

—Osmosis molecular. Los átomos se desintegran cerca del cuerpo, lo envuelven y en seguida se unen… Para quitar el «zak» hay que tirar de aquí —Akdo-68-K. N. esbozó una sonrisa, sin conseguirlo. Había estudiado arqueoantropología en las grabaciones históricas del pasado conocía muchas costumbres de los ancestrales. Pero le costaba mucho imitarles—. Ya estás vestido… ¿Te cansas?

—No, ¿por qué?

—Tú no eres como nosotros. No sabemos quién eres ni cómo has venido a Ozulua-Cien Mil Dos, y por esto…

—¿Estoy en la Tierra o en otro planeta?

—¡La Tierra! ¡Sí, sí, La Tierra! —pronunció Akdo-68-K. N.—. Esto es La Tierra… Nosotros la llamamos ahora
«Agra-5»…
Nos lo impusieron los «Agros» después de la Primera. Invasión… ¡Pero antes era La Tierra, sí, lo recuerdo! Y el Segundo Mundo es lo que antiguamente se llamaba América. Ozulua-Cien Mil Dos ocupa la superficie de lo que cincuenta siglos atrás era Méjico.

—¿Méjico? Sí, claro —contestó Joen—. Yo soy francés, de París.

—¡Yo he visto París, la torre Eiffel y…! —Por momentos, Akdo-68-K. N. se expresaba mejor.

El esfuerzo mental y la práctica le facilitaban la labor y,

evidentemente, gozaba hablando. Era como un juego.

Akdo-68-K. N. se sentía igual que si un arqueólogo actual encontrase a un hombre del Neanderthal y quisiera conversar con él. En tal caso, la dificultad sería mucha, dado el abismo del lenguaje. Pero para los terrícolas del siglo LXX, con las modernas grabadoras del tiempo y los inversores de espacio, pudiendo retroceder a los albores de la humanidad o avanzar en el tiempo hasta rozar el intenso calor de la desintegración final, el problema era distinto.

Pensativamente, Joen Vestry murmuró:

—He pasado de la época bíblica al más distante futuro… ¡He avanzado cincuenta siglos en el tiempo! ¡Cielo santo! ¿Por qué? ¿Acaso aquí no encontraré a mi perseguidor?

—Te ruego que hables despacio —pidió Akdo-68-K. N.—. Nunca he tenido ocasión de hablar con nadie.

—¿No habláis? —preguntó Joen, atónito.

—No. Cuando queremos comunicarnos con nuestros semejantes lo hacemos con las ondas mentales.

—¡Cielo! ¿Cómo es posible eso?

Akdo-68-K. N. hizo un gesto que podía ser traducido por un encogimiento de hombros. Luego dijo:

—Tú no comprenderás muchas cosas de nuestro modo de vivir. Deseo que vengas conmigo. Me han pedido que cuide de ti y te atienda. Yo soy algo así como «historiador de palabras y lenguajes antiguos». Un archivo humano.

—¿Un archivo? Nosotros archivábamos las cosas anotándolas en papel y metiéndolas en armarios —contestó Joen.

—Sí —Akdo-68-K. N. se tocó la cabeza, la cual, sin lugar a dudas, era bastante más voluminosa que la de Joen—. Nosotros archivamos aquí. Cada uno en su especialidad. Siempre aprendemos.

—Pero… Al morir se perderá lo que habéis aprendido.

—El hombre ya no muere, Joen Vestry —contestó Akdo-68-K. N. —. Dejó de morir hace siglos… ¡Nos renovamos!

—¿Os renováis? ¿Cómo es posible eso?

—La ciencia lo ha hecho posible. Ven, salgamos de aquí. Te enseñaré Ozulua-Cien Mil Dos y te llevaré a que te vean mis… ¿Cómo se decía a los hijos de los hijos de un hombre en tercera y

sucesivas generaciones?

—Tataranietos. ¿No es así?

—Eso —asintió Akdo-68-K. N.—. Mis descendientes se alegrarán de verte. Ellos son niños y están en la escuela… Por aquí, no temas. La pared permite el paso de los cuerpos.

Joen extendió la mano, temeroso… ¡Y no tocó el muro translúcido!

En cambio vio desaparecer su mano en el muro. Akdo-68-K. N. le empujó suavemente y, al dar dos pasos, Joen se encontró fuera, ante una ilimitada superficie lisa y blanca. ¡Y allí no había ningún edificio por más que miró en torno!

¡Tampoco estaba el edificio del cual acababa de salir, atravesando el muro, como los personajes espectrales del Tenorio!

A su lado, empero, estaba Akdo-68-K. N., con los labios fruncidos, a modo de sonrisa.

—¿Y la ciudad? ¿Y la casa? ¿Dónde estábamos?

—Aquí… No se ha ido. La ciudad es todo esto que ves… ¡Ah, comprendo! Tú no la ves. Tu cerebro no emite ondas. Es lástima. Será muy monótono y liso, sí. Hemos hecho pruebas. Bueno, lo siento… Puedo describirte lo que yo veo con la mente… Son casas en forma de cubos cuadrados…

—¿Y el sol? ¡No hay sol en el cielo! —exclamó Joen, mirando arriba y viendo sólo una inmensa bóveda lechosa, algo más clara que el suelo, pero que se confundía con éste en el infinito.

—El sol es rojo y está detrás de la cúpula. Fue preciso cubrir las ciudades con cúpulas para retener la atmósfera. Se acabó el oxígeno y hubimos de recurrir al agua del mar. Ahora, no tenemos mares, pero sí una reserva de aire para cien millones de años… ¡Ah,
«Agra-5»
ha cambiado mucho de la antigua Tierra! Ya no hay montañas, ni mares; ya no llueve, ni cambia el clima. Toda la superficie es lisa, como esto, y las cúpulas de las ciudades se alzan por todas partes. Nos comunicamos por medio de galerías y túneles.

—¿Y el campo? ¿Y las cosechas? ¿De qué os alimentáis?

—Los alimentos han cambiado mucho. Cada hombres lleva consigo los alimentos que necesita para vivir diez años. Al acabarse, acude al hospital, ¿se dice hospital, verdad?… —A un asentimiento de Joen, el otro continuó—. Y se nos renuevan las vitaminas para

vivir.

—¡Es inaudito! ¿Y no hay enfermos?

—Ni enfermos ni defunciones… Frente a ti hay un edificio más alto. Es como una pirámide y se ha destinado a museo de Usos y Costumbres Ancestrales. ¿Quieres entrar a verlo?

Joen negó con la cabeza.

—No. Necesito aclarar mis ideas. Yo no pertenezco a este mundo. ¿Puede explicarme alguien cómo he venido aquí?

—Eso es lo que nos preocupa. Nuestra sociedad sin problemas no ha previsto casos semejantes. Habremos de aclimatarte o bien devolverte a una época posterior.

—¿Es posible hacer eso?

—Sería lo más lógico. Tenemos medios. Pero… —Akdo-68-K. N. se detuvo y miró a Joen con sus inteligentes ojos—. Yo, particularmente, prefiero que te quedes aquí. Y existen muchos científicos que opinan como yo.

* * *

En la sociedad técnica del siglo LXX, un hombre de nuestra época, transplantado a un medio desconocido y ambientalmente inestable, había de sufrir una serie de mutaciones biológicas a fin de acondicionarse.

A Joen Vestry le había sido más fácil ambientarse en la época bíblica, donde la mentalidad de las gentes era arcaica y sólo él estaba intelectualmente por encima de los demás. En el siglo LXX ocurría todo lo contrario: él era el único atrasado.

En primer lugar, y por acuerdo de un Consejo Científico, fue sometido a una serie de ejercicios de desarrollo mental, a fin de darle capacidad suficiente para entender.

Había sido rechazada de plano su petición de volver al siglo XX. Arqueoantropólogos, biólogos extraterrestres, historiadores y filólogos, como Akdo-68-N. K., acordaron retenerle hasta aclarar cómo y por qué había llegado hasta ellos.

Así, Joen vio sometido su cerebro a pruebas sistemáticas de radiación. Llegaron a ponerle en la cabeza más de un millón de pequeños tubos, casi invisibles, a fin de inyectarle volumen magnético a sus ideas. Le «educaron» para «hablar» con la mente. Le

«enseñaron» por medio de proyecciones sensoriales, sometiéndole a una «hipnosis educativa». Y cuando hubieron acabado con él, después de varios meses de ensayos, Joen apenas si sabía quién era, ni lo que hacía en Ozulua-Cien Mil Dos.

Incluso le registraron con las siglas de identificación y le alimentaron, previa operación abdominal, para diez años.

Un día le sacaron del «hospital», en donde había estado sin salir todo aquel tiempo. Entonces pudo ver la urbe. Y quedó anonadado.

¡La más pura y estricta simetría geométrica reinaba por doquier, en todo cuanto abarcaba la vista!

Edificios cuadrados, sin puertas ni ventanas. Unos más altos otros más bajos como enormes dados. Los únicos que rompían la uniformidad de aquel conjunto blanco y gris eran las «pirámides», o edificios públicos: museos, centros oficiales, institutos de investigación, academias, etc.

Y vio millares de personas, todas ataviadas con el consabido «zak» azul, ajustado al cuerpo, si eran hembras mostrando las curvas poco acentuadas de su figura, y si eran hombres, ostentando anatomías atléticas y cabezas enormes.

Todo resultaba grotesco para Joen-l-X. X., como le habían identificado, tatuándole con algo rojo en la palma de la mano izquierda.

Un cirujano del «hospital», llamado Cokt-10-B. L., se había hecho muy amigo suyo. Él fue quien, justamente con Akdo-68-K. N., le llevó una tarde, a través de los transportes generales subterráneos, hasta un edificio piramidal, en el que penetraron por el subsuelo.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó Joen, mentalmente, pues aún no tenía suficiente desarrollo magnético para leer el pensamiento, como hacían los otros.

—Queremos llevarte a un viaje por el tiempo. Vamos a evadirnos de esta época.

—¿Cómo es posible eso?

—¿Ves esa serie de cabinas? Sólo hay que entrar ahí y conectar el «transmigrador». Volaremos por el espacio.

—¿Y podemos regresar al siglo XX? —inquirió Joen.

—Sí —respondió Cokt-

IO-B.

L.—. A la época en que vivías.

—¿De veras?

—Cierto —corroboró Akdo-68-K. N.—. Pero hay un inconveniente. No podremos materializarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente. Iremos a París, por ejemplo, y nos moveremos en aquel ambiente. Veremos lo que hacen y lo que dicen. Incluso podremos entrar en un cinematógrafo… ¡Pero nadie nos podrá ver!

—¡Fantástico! Seremos como espíritus… Ahora que caigo, ¿cómo es que, pudiendo ir a todas las épocas y lugares, no habéis aprendido más de nosotros?

—Akdo y Cokt van a ser los primeros en viajar al pasado —contestó una idea dentro de la mente de Joen—. Ellos te servirán de guía, Esta experiencia es nueva, Joen-l-X. X. En realidad, la ley prohíbe el retroceso en el tiempo, así como el avance. Razones de índole psicológica nos han obligado a prohibir esos viajes, y sólo se efectúan para experiencias técnicas.

»En realidad, los “transmigradores” sólo sirven para retroceder y avanzar desde que el individuo nace hasta el momento en que morirá. Nosotros sabemos cuándo será el gran final. Pues bien, dejamos a los seres que retrocedan hasta el día de su nacimiento, incluso. Más allá no pueden. Es un medio ideado a propósito para evocar recuerdos. Retroceder antes de la vida de uno solo se permite a los sabios que investigan el pasado.

—¿Quién eres? —preguntó Joen.

—Yo soy el Uno, Joen-l-X. X. Estoy al corriente de lo que te sucede y me interesa tu caso. Hay algo sobrenatural en toda tu persona que me asusta. Por eso he dispuesto que Akdo y Cokt, tus amigos, vayan contigo al pasado. Estaré en contacto con vosotros y formaré mis propios juicios.

—El Uno tiene razón —emitió Akdo-68-K. N.—. La persecución a que estás sometido no es de índole humana.

—¿Sobrehumana? —preguntó Joen, perplejo.

—Sobre los humanos sólo existe el poder divino —respondió Cokt-10-B. L.—, y nosotros jamás podremos desentrañarlo.

—Está bien. Entremos en la cabina y retrocedamos en el tiempo. Tengo ganas de ver los lugares donde transcurrió la primera parte de mi extraña vida.

Akdo-68-K. N. y Cokt-10-B. L. acompañaron a Joen hasta una de las blancas cabinas. Allí, una esfera, provista de un disco giratorio, fue movida a distancia, y Joen pudo ver pasar una serie de fechas, hasta que la esfera mostró: l-marzo-1965.

Inmediatamente, Joen sintió que giraba su cabeza. Se cerraron sus ojos y el vértigo fue en aumento. Por fortuna, cuando consideraba que iban a sacudirle los vómitos, la sensación giratoria empezó a disminuir poco a poco, hasta desaparecer por completo.

Y luego, un inmenso ruido a ciudad siglo XX le invadió los oídos.

* * *

Abrió los ojos y se encontró en medio del *boulevard* Periere, rodeado de un ingente número de automóviles que pasaban a través de él.

Al primer momento, se asustó. Inmediatamente, vio a su lado a Cokt y Akdo, quienes le sonreían. Los automóviles continuaban pasando, raudos, y ellos seguían allí, como si fueran cuerpos invisibles e inexistentes.

—Te has asustado, ¿verdad, Joen-l-X. X.? —preguntó Akdo-68-K. N.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Uno no está acostumbrado a verse atropellado por mil automóviles. Aunque veo que cruzan a través de mí sin verme ni hacerme daño. Pero esta sensación me impresiona. Penetro en un vehículo y salgo por la parte posterior sin sufrir deterioro alguno.

—Peor sensación sentirás cuantío veas que te atraviesa una muchacha bonita. ¡Ya he cruzado a varias!… Ahí viene una hacia ti.

Efectivamente, Joen vio acercarse raudo un lujoso «Cadillac», conducido por una mujer de excepcional belleza. La mujer iba enfrascada en los problemas del tráfico, pendiente sólo del coche que tenía delante.

Joen se sintió penetrar dentro del coche y luego, durante una décima de segundo, atravesó la figura de ella. La emoción le hizo acelerar los latidos de su víscera cardíaca.

Luego, echó a correr, seguido de Akdo-68-K. N. y Cokt-10-B. L., hacia una de las aceras. Les envolvían mil conversaciones y pronto se habituaron al ruido y a ver sin ser vistos.

—¿Para qué hemos venido aquí?

—Para tomar un coche e ir a un lugar que vimos en tu mente, Joen —contestó Cokt-10-B. L.—. Se llama Vigny y está a las afueras de esta ciudad. Allí hemos de ver a un hombre llamado Eliseo Düven.

Joen se estremeció.

—¡No le encontraremos! —respondió sin darse cuenta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero me ha venido siguiendo en el tiempo.

—En Ozulua-Cien Mil Dos no está —respondió Akdo-68-K. N.

—Pues se quedaría en la época bíblica.

—Es importante que encontremos a ese hombre… ¡Tiene que estar en alguna parte! Si no le hallamos, jamás podremos solucionar tu problema —terminó Akdo-68-K. N.—. El Uno lo ha dispuesto así.

¡Sin embargo, Eliseo Düven estaba en el siglo LXX, buscando a Joen Vestry, y ya creía haberlo encontrado!

CAPÍTULO VII

Entraron en la vieja y siniestra casa rodeada de árboles. Los muros no se opusieron a su paso. Cruzaron a través de ellos como si fuesen de humo.

Joen vio y reconoció el vestíbulo y el mobiliario. Todo estaba abandonado, sucio, lleno de polvo y olía a moho.

—Aquí no vive nadie —dijo Akdo-68-K. N.

Cokt examinó las cifras de un pequeño objeto cuadrado, parecido a un reloj de pulsera, que llevaba en la muñeca, y declaró:

—Hace dos años que nadie ha estado aquí.

—¿Dos años? —preguntó Joen—. Ése es el tiempo que yo he estado en la época bíblica.

—Sí —dijo Akdo-68-K. N.—. Escapaste de este lugar, una noche de enero de 1963. Lo sabemos. Eliseo Düven te perseguía para cortarte la mano derecha. ¿Por qué? ¿Quién es Eliseo Düven? ¿Quién es El Dib?

—Yo sé que ambos son la misma persona, aunque sólo tuvieran igual los ojos estriados y la mano cortada.

—Tú tampoco eras igual en la época bíblica que en la época en que nos encontramos ahora viajando —replicó Cokt-10-B. L.—. Y tampoco eres igual en nuestro siglo LXX.

—Yo no he notado cambio alguno, excepto la barba.

—Uno no es como se ve, sino como le ven los demás. No es lo mismo que te mires en un espejo a que te hagas una fotografía —dijo Akdo-68-K. N.

—¿Cómo que no?

—Naturalmente que no —añadió Cokt-10-B. L.—. En el espejo te ves de un modo. Pero eres tú quien te ves. En la foto ves lo que ha visto una máquina y una emulsión química impresionada por la luz.

—¿Y no es la misma luz la que entra por mis ojos y la que impresiona la película? —insistió Joen.

—Sí. Es la misma. Pero olvidas el factor tiempo, que está modificándose constantemente. Para que me entiendas mejor. Si te haces una foto en el siglo XX y comparas la foto con otra hecha en el siglo XX antes de Cristo, caso de que esto fuese posible, verías la diferencia. Y, sin embargo, tú creerás ser el mismo.

—Comprendo —dijo Joen Vestry—. Es el tiempo el que distorsiona las cosas, haciéndolas distintas.

—Exacto. Pero tu caso es único. Nadie, excepto tú, has vivido en tres épocas distintas. Nosotros podemos comprenderlo, pero ignoramos la razón, el cómo y porqué —siguió diciendo Cokt-10-B. L.—. Hay, sin duda, una razón sobrenatural que se nos escapa. Y eso nos preocupa. Por tal motivo hemos venido aquí.

—No perdamos el tiempo con disgresiones incomprensibles —intervino Akdo-68-K. N.—. Hemos venido a indagar, y eso debemos hacer.

Registraron la casa abandonada sin hallar a nadie. Al llegar al sótano, fue preciso que Cokt-10-B. L. encendiera una pequeña lámpara, que dio luz blanca al lugar, de intensa tonalidad, y Joen apenas recordó el lugar donde Eliseo Düven le había hablado de su mano amputada, y era que la luz del horno estaba apagada.

Todo lo demás se encontraba igual, aunque visto bajo tonalidad diferente. Incluso sobre la mesa estaba la bandeja con las sanguijuelas. Pero éstas habían muerto y sus cuerpos, secos y enjutos, parecían trazos de pintura negra.

Con rapidez, los dos hombres del siglo LXX examinaron los anaqueles, hojearon algunos libros que encontraron en un cajón, removieron las cenizas del horno y, por fin, Akdo-68-K. N. dijo:

—Alquimia en su más puro origen… El que trabajaba aquí era manco. Le faltaba la mano derecha.

—¡Eso ya os lo dije yo! —gritó Joen, hastiado.

—¿Y sabes, acaso cómo perdió Eliseo Düven la mano? —preguntó Akdo-68-K. N.

—¿Cómo?

—En otra época, incluso en la que nos encontramos ahora de tránsito, podría considerarse como brujería, magia o hechicería —contestó Akdo-68-K. N.—. Nosotros sabemos que todo eso no ha

existido. Física y química, eso es todo.

—Bueno, ¿cómo perdió la mano Eliseo Düven?

—Se la cercenó el diablo.

Joen estuvo a punto de echarse a reír. Mas se contuvo ante la seriedad del otro.

—¿No lo crees? ¿Crees que el diablo no existe? ¡Puedo llevarte a su morada infernal! Este lugar, sin ir más lejos, es una antesala del infierno. Si encendemos ese horno y te arrojas a él, verás a Satanás.

Medio en broma, Joen preguntó:

—¿Y eso fue lo que hizo Eliseo Düven con su mano?

—Sí. Eso fue. La puso en el fuego del infierno y la perdió. Aquí está escrito —Akdo señaló un manuscrito que había extraído de un cajón—. Esto ocurrió en el año 1217.

—¡Sería a otro individuo!

—No. Fue a Eliseo Düven. A cambio de su mano, el diablo le concedió el don de vivir siempre en la Tierra, pero a su servicio.

—¿Vosotros creéis eso? —preguntó Joen, divertido.

—Lo creemos, puesto que es cierto —contestó Cokt-10-B. L.—. Amigo mío, te hemos «inyectado» conocimientos. Tienes poder para leer el pensamiento y ver lo invisible. Pero aún tienes mucho que aprender.

»Y te diré algo más sorprendente aún. ¿Sabes lo que hizo el diablo con la mano que su maléfico fuego arrebató al brujo Düven?

—¿Qué hizo? Supongo que estaría un poco chamuscada, si pasó por el fuego.

—No te burles. Esto es muy serio… ¡La mano de Eliseo Düven la tienes tú! ¡Es tu mano derecha!

Un grito de infrahumano terror se escapó de la garganta de Joen Vestry. Luego, al mirarse la mano, cayó sin conocimiento.

¡Acababa de ver la mano del diablo!

* * *

Joen abrió los ojos.

Vio una cabeza casi descomunal y unos ojos grandes e inteligentes. Una boca sin dientes —los hombres habían perdido de su organismo todo aquello que perdió su función, y el comer desapareció siglos atrás. Incluso la lengua estaba desapareciendo—

se abrió, quizá intentando una sonrisa.

—¿Quién eres?

—Soy el Uno, Joen-l-X. X. Me alegro de que te hayas recuperado. Cokt-10-B. L. y Akdo-68-K. N. te han traído del siglo XX. Sufriste un colapso a consecuencia de una fuerte impresión.

Joen empezó a recordar. Mientras lo hacía, miró a su alrededor. Se encontraba en la habitación más insólita de cuantas había visto en la ciudad de Ozulua-Cien Mil Dos. Era una gran sala, de unos cien metros cúbicos, y su interior aparecía lleno de cristales aristados.

¡Y las aristas apuntaban a todas direcciones, en todos sentidos, llenando la sala y dejando libre muy poco espacio, por el que a duras penas podía moverse una persona!

Joen estaba tendido sobre uno de aquellos cristales, de plano, y veía las aristas en torno suyo. El hombre de la descomunal cabeza se inclinaba sobre él, y las afiladas aristas casi le rozaban. Si se hubiese puesto de pronto erguido, o ladeado, Joen estaba seguro de que su cuerpo habría quedado lacerado por más de veinte sitios distintos.

¡El Uno, empero, se movió y las aristas se hundieron en su cuerpo, sin hacerle el menor daño!

—¿Qué es esto?

—Mi casa —contestó mentalmente el hombre—. Soy faquir y mi cuerpo es «incorpóreo». Me torturo sin lacerarme. En realidad, hace muchos años que no siento, sólo pienso. Por eso soy el Uno, de Ozulua-Cien Mil Dos. Yo no mando nada, puesto que nadie manda en
«Agra-5»,
pero todos me obedecen… ¡Incluso tú, Joen-l-X. X.!

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí.

—Bueno, mándame. ¿Qué quieres de mí?

Una especie de risa burlona, que trajo reminiscencias de recuerdo a la mente de Joen, surgió de la garganta de aquel extraño del siglo LXX.

—Quiero tu mano derecha… ¡Y ahora la tendré!

Joen tuvo la sensación de angustia más grande que haya podido experimentar hombre alguno en toda la existencia de la humanidad,

desde el principio al fin de la raza humana. Ni siquiera pudo expresar en ideas lo que experimentó, pero el terror más intenso, mezclado con el dolor más vivo y la aprensión más real, le atenazó, convirtiéndole en un monigote endeble y tembloroso.

Al mismo tiempo, el Uno empezó a transformarse, perdiendo volumen su cabeza y haciéndose su cuerpo más material. ¡Y sus facciones fueron perfilándose para Joen!

¡También se estriaron sus ojos y su mano derecha empezó a desaparecer!

—Soy yo. ¿No me habías reconocido, verdad?

¡Era Eliseo Düven!

* * *

Se agitó al sentir algo fresco y húmedo sobre el rostro. Al instante sintió las ideas de Akdo-68-K. N. irrumpiendo atropelladamente en su cerebro.

—¿Qué te ha ocurrido, Joen? ¿Estás bien?… Ayúdame, Cokt-10-B. L. Lo llevaremos arriba.

Joen se sintió levantado y llevado fuera del lóbrego sótano hacia la angosta escalerilla. No lograba recuperarse del todo de la desagradable impresión recibida, aunque en su mente se confundiera el más espantoso caos de sensaciones que no podía atribuir a reales o falsas.

Le sacaron al vestíbulo y lo depositaron sobre un sofá.

—Hemos de regresar de inmediato a nuestra época —habló Akdo-68-K. N.—. No habíamos previsto que Joen-l-X. X. pudiera enfermar.

—Ha sido un simple desmayo Joen-l-X. X. ha sufrido demasiadas emociones últimamente. Temo que puedan afectar a su equilibrio psíquico… Cokt-10-B. L. se volvió a Joen y le preguntó, solícito: —¿Te sientes mejor? No quise impresionarte ni causarte daño alguno al decirte que tu mano…

Joen se estremeció. Abrió mucho los ojos al preguntar:

—Pero… ¿Es cierto? ¿Es ésta la mano que Eliseo Düven dio al diablo a cambio de…?

Cokt-10-B. L. asintió.

—No debemos creer en espíritus malignos —contestó—. Sin

embargo, nosotros que hemos superado la etapa supersticiosa de la humanidad, sabemos cuánto de verdad hay en el ocultismo y cuando de falso.

»Sí, el diablo existe. Pero no como ente terrorífico, siempre en lucha contra el poder de Dios. El diablo, matemáticamente expresado, es una ecuación negativa de la virtud. No tiene representación real, ni siquiera es corpóreo, aun cuando se le haya hecho aparecer en miles de formas distintas. En otras palabras: el diablo no existe en el mundo real, pero la fuerza de la sugestión metafísica ha podido materializarlo, aunque, eso sí, cada uno lo ha idealizado a su modo.

—No entiendo nada —dijo Joen, confuso.

—Te pondré un ejemplo. Supón que todos los seres humanos son demonios, en vez de seres humanos.

—¿Es que nuestra capacidad de mal es la misma que nuestra capacidad de bien?

—Exactamente. Y depende de la intensidad pasional. El ser humano pone pasión en todo cuanto hace. Pasión para el bien, pasión para el mal. En cuanto rebasa el límite máximo de un deseo pasional, la ecuación negativa se convierte en positiva, o viceversa. En realidad, todos somos demonios y ángeles.

—Me temo que estás creando más confusión en la mente de Joen-l-X. X. —intervino Akdo-68-K. N.—. No le creo capaz de entender y asimilar. Considera que en nuestro mundo hay mucha gente que aún no lo ha comprendido.

—Tal vez —admitió Cokt-10-B. L.—. Ni siquiera las ideas son capaces de expresar la relación «mente-cuerpo»… Dejémoslo, Joen. Has sufrido una impresión fuerte. Y quizá, en tu inconsciencia, se ha producido una pesadilla.

—Sí —exclamó Joen—. He visto a Eliseo Düven.

—¿Le has visto? —preguntaron sus dos compañeros a un tiempo.

—Desperté y me hallé en una gran sala cuadrada, llena de cristales aristados. Allí había un hombre con una cabeza muy grande, y su cuerpo se laceraba con las aristas de los cristales. Me dijo que era un faquir, y que por eso le llamaban el Uno, de Ozulua-Cien Mil Dos, que no mandaba en
«Agra-5»,

puesto que nadie mandaba, pero que todos le obedecían.

Cokt-10-B. L. y Akdo-68-K. N. se miraron entre sí. Sus rostros no podían expresar asombro ni emoción alguna, empero, de un modo confuso, primitivo, Joen captó el estupor de sus cerebros.

—¿Lo has visto o lo has soñado? —preguntó Akdo-68-K. N.

—¿Cómo puedo estar seguro? El Uno me habló de un modo raro. Me dijo que yo debía obedecerle también y me ordenó darle mi mano derecha. Entonces empezó a cambiar, a transformarse, a volverse sus ojos estriados y a desaparecer su mano.

—Volveremos inmediatamente a Ozulua-Cien Mil Dos —dijo Akdo-68-K. N.—. Nuestro viaje al pasado ha llegado a su fin. No podemos continuar aquí.

A partir de aquel momento, Joen no pudo captar ni un solo pensamiento emitido por las mentes de sus dos compañeros. Ni siquiera cuando le pusieron de pie, se agruparon, agarrados de la mano, y Cokt-10-B. L. accionó su minúscula maquinaria de pulsera.

Un instante después, sin haber notado nada en absoluto, Joen se encontró de nuevo en la cabina «transmigratoria», de la cual habían salido para emprender su vertiginoso viaje por el tiempo y el espacio.

Salían los tres, pensativos, cuando Akdo-68-K. N. habló con su torpe lengua, dirigiéndose a Joen.

—Será preciso internarte en el hospital. No estás aún bien adaptado a nuestro medio ambiental.

—¿Y no podéis regresarme a mi mundo?

—No… No es cosa nuestra… ¡Tú debes afrontar tu prueba hasta el fin! ¡No podemos hacer nada!

* * *

A partir de entonces, la vida de Joen Vestry sufrió un cambio completo. Lo encerraron en una habitación cuadrada, en el hospital, y allí estuvieron sometiéndole a estudios, análisis y prospecciones mentales durante varios meses.

Hubo lapsos en su existencia que transcurrían sin que él apenas se diera cuenta. Día a día llegaban ante él nuevos individuos —muchos de ellos venidos de lejanos mundos— y todos estuvieron escudriñando su mente.

Incluso un grupo de hombres de ciencia, al parecer, le condujo a una mesa de operaciones, provista de sutilísimos rayos «Lasser», y le amputaron la mano derecha, la cual estudiaron hasta su más ínfima estructura molecular, para luego unírsela de nuevo.

Nadie le daba explicación alguna. Pero le hicieron miles de preguntas como éstas:

—¿Qué comías habitualmente?

—¿Padecía insomnio?

—¿Trabajabas mucho en el laboratorio?

—¿Por qué te gusta ver reír a los niños?

—¿Qué placer encuentras en dar de comer a los animales?

—¿En el Laboratorio de la fábrica de jabones «Lecroix» había un hombre llamado Bertrand?

—¿Viste morir a tu mujer o lo soñaste?

—¿Quién es Tebe, hijo de Galahad?

—¿Por qué visitabas los asilos de ancianos?

—¿Cuándo notaste que tus manos no eran iguales?

—¿Dónde nació tu padre?

—¿Por qué te casaste con Alma Vestry?

¡Y miles de preguntas más, distintas todas, ajenas una de otra, extrañas, confusas, estúpidas!

Él no contestaba jamás, pero aquellos hombres leían la respuesta en su mente. No había otra explicación. Lo sabían todo, lo indagaban todo, y Joen estaba seguro de que se comprobaba meticulosamente cada reacción de su mente, y se analizaba cada respuesta. Incluso partirían mensajeros hacia el pasado, en busca de la confirmación, de la comprobación de cuanto veían en su mente.

Al fin, tanta tortura terminó.

Había transcurrido un año, ¡o tal vez cien!, pues Joen Vestry no estaba seguro de nada, cuando, un día, a través de la pared se filtró primero un hombre. Era Akdo-68-K. N.

—Hola, Joen Vestry —saludó, modulando las palabras con los labios—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Sí —respondió Joen—. ¿Vais a sacarme de aquí?

—En efecto. He venido con Acdema-91. Está fuera, esperando.

—¿Quién es Acdema-91?

—La mujer que se ocupará de ti. Dicho de otro modo, ya que nosotros no nos unimos a una mujer por amor, como hacían los

antiguos, Acdema-91 es la muchacha que te ha elegido. En tu «test» civil se han hecho bastantes excepciones. Por eso, que no te sorprenda algo que vas a ver en ella.

—No te entiendo. ¿Por qué tiene que cuidar de mí una mujer?

—Te han hecho ciudadano de Ozulua-Cien Mil Dos. Eres Joen-l-X. X. Te han dado la profesión de «ensayador científico».

—¿Ensayador científico? ¿Qué voy a ensayar?… ¡Oh, no; eso no! ¡Ya han estudiado bastante conmigo! ¡No lo soporto más! Soy capaz de matarme y dejar de sufrir.

—Si te matas, los biólogos te devolverán la vida a los pocos minutos. Tienes que empezar a darte cuenta de que estás en una sociedad en la que nadie posee voluntad propia. Los destinos de uno se rigen por la voluntad común de todos. Nuestras mentes están conectadas a la «red» general que modula el pensamiento colectivo de la sociedad.

»Tú, por ahora, estás algo "inadaptado", y los psicólogos estiman que tu adaptación será progresiva. Por este motivo, más que por otro, debes aceptar la compañía de Acdema-91. Ya se ha tenido cuidado para que no te desagrade.

—¡No quiero la compañía de ninguna mujer! —exclamó Joen.

Ella apareció a través de la puerta. Joen fue a decir algo, pero se calló, entornando los ojos. Comprendió en el acto el significado de las palabras de Akdo-68-K. N.

¡En realidad, Acdema-91 era el compendio de tres mujeres que Joen había conocido: Alma, Shura y Cis!

Se acercó al lecho donde yacía él y le tendió la mano.

—Hola, Joen. ¿Te alegra el verme?

Joen no contestó. Sonriendo —al fin había aprendido a sonreír—. Akdo-68-K. N. se dirigió al muro y desapareció tras él, dejando a la pareja a solas.

—Me necesitas… Un hombre como tú, más que cualquier otro, necesita los cuidados de una mujer. ¿Sabes? Nos han dado una casa. Allí podremos tener hijos, criarlos y educarlos. Nos harán muchas excepciones, atenderán a los niños, los examinarán los psicólogos y biólogos. No creo que sea divertido ser tan popular, pero lo soportaremos. Tú me necesitas, amor mío.

—¡Es asombroso! —exclamó Joen—. Eres como Alma y Shura.

—¡Y Cis de Hetea! —añadió Acdema—. Las conozco a las tres.

Las he estudiado durante meses y he adquirido las cualidades de todas ellas. ¿Las quisiste mucho?

—No, no quise a ninguna; ¡pero habría sido capaz de vivir toda mi vida con cualquiera de ellas!

—Debes quererme mucho a mí, en memoria de ellas, pues las tres murieron por ti.

—¿Por mí? —Joen empezaba ya a olvidar el pasado.

CAPÍTULO VIII

La existencia en la casita cuadrada que, junto al nacimiento oeste de la cúpula que cubría la ciudad, le habían asignado como morada, resultó para Joen de una placidez y tranquilidad como no había experimentado en todos los días de su extraña vida.

Su trabajo era escaso. Una vez al día, de once a doce, iba a una «pirámide» de la calle 507. Allí le esperaba siempre un técnico distinto, con el que dialogaba del tema que su visitante le expusiera.

El diálogo era mental, y Joen se esforzaba, a veces con el auxilio de un casco emisor de ondas magneticocerebrales. Y, al transcurrir su hora de trabajo, el visitante se despedía, pudiendo Joen regresar a su casa.

Allí, Acdema-91 —es preciso hacer constar que hembras llamadas Acdema sólo existían mil ciento ocho, y la número 91 era, precisamente el correspondiente a la compañera de Joen— le deleitaba cantándole canciones de todas las épocas, le bailaba y le hacía cosquillas «científicas».

Luego, paseaban, iban a los salones de «recreo», estudiaban juntos, dormían juntos e iban juntos a todas partes. Durante las vacaciones, emprendieron un viaje sideral de seis semanas, trasladándose a Saturno en una época pretérita. Las aventuras emocionantes que compartieron quedaron grabadas en una película tridimensional, que les sirvió de recreo y diversión durante muchos meses, cuando se veían a sí mismos evolucionando en la Caja 3D que tenían para proyectar sus recuerdos.

A Joen le encantaba verse, pequeñito como un microbio, moviéndose entre las rocas amorfas que formaban el anillo saturnino. La ingravidez artificial a que estaban sometidos, les hacía reír. Y es preciso hacer constar que la Caja 3D reproducía fielmente

tanto el paisaje como las figuras humanas.

También se divertía Joen yendo, acompañado de Acdema-91, al Zoológico Natural, en donde moraban, en un ambiente completamente selvático —reproducción exacta de los bosques del Cuarto Mundo (África)—, la más vasta colección de animales, salvajes y domésticos. Joen les daba de comer en la mano, los acariciaba y jugaba con ellos.

En otras ocasiones, iban a los Centros Educativos y se pasaba horas enteras jugando con los niños, los cuales sentían una predilección especial por él, ya que les hablaba por la «boca», para hacerles reír. Y esta costumbre hizo intervenir a un «educador», quien se quejó del mal ejemplo que Joen-l-X. X. daba a los niños.

Fue preciso que Joen hablase a los niños con la mente y todo quedó arreglado.

De este modo, fue pasando el tiempo.

Muchas veces, en casa, Acdema-91 y Joen hablaban de sí mismos.

—Me interesó tu caso cuando Cokt-10-B. L. me lo contó. Inmediatamente quise ir a verte al hospital, pero él me dijo que estabas bajo tratamiento. Te confieso con sinceridad que me agrada estar contigo… ¡Eres tan bueno, Joen!

—Todo el mundo debió hablar de mí, ¿no es así?

—Te equivocas. A la mayoría de las gentes les pasó inadvertido tu llegada a Ozulua… ¡No es esta época de curiosidad! Empero, como yo estoy unida a la investigación. ¡Bueno, estaba, quiero decir!

—¿A qué te dedicabas tú?

—He estudiado las neuronas cerebrales y su reproducción artificial. Casi llegué a ser una eminencia en mi materia —contestó Acdema-91, sonriendo como había aprendido de Joen.

—¿Y dejaste todo eso por mí?

—No. Lo dejé porque Mary-

10 578

-Z-l. 219 se interesó por mi trabajo y descubrió cosas que a mí me habían pasado por alto.

—¡Qué nombre más largo y complicado! —exclamó Joen.

—La culpa la tienen los padres. Carecen de imaginación y registran a sus hijas con un nombre demasiado común. En la Unión

Femenina Universal han decidido cambiar ese sistema e inventan nombres distintos para cada mujer. Así hay niñas que se llaman G'wa,
Kri, Ñewe, Thik, o como el de la niña que vimos el otro día en el Centro Educativo.

—¡Sí, dijo llamarse Uuy, número uno!

Ambos rieron.

* * *

Un día, brusca y brutalmente, terminó la felicidad de Joen Vestry, quien ya estaba algo extrañado de que durase tanto. En realidad, sólo llevaba dos años en Ozulua-Cien Mil Dos.

¡Los mismos que había estado en Gebal, en época bíblica!

Llegó a su despacho, en la calle 507. Entró, se sentó detrás de la mesa y examinó la pantalla, en la que estaba escrito con letras rojas, como las de su mano izquierda, un nombre que le hizo parpadear.

¡Joen-l-X. X.!

Esto aparecía escrito en su mano, con guarismos rojos. ¡Y lo mismo aparecía en la pantalla!

—¿Cómo es posible? —se preguntó, atónito—. ¿Voy a recibirme a mí mismo?

Su asombro duró poco. Menos de un minuto.

No había transcurrido este ínfimo período de tiempo cuando alguien se «filtró» por el muro. Y, en efecto, ¡era Joen-l-X. X.!

El otro, el que estaba sentado detrás de la mesa, creyó estar viéndose en un espejo. Su visitante era su viva imagen, vestía como él, e incluso mostró la mano, enseñando el tatuaje en rojo.

—¡No, no…! —empezó a decir el primer Joen—. ¿Quién eres?

—¡Qué pregunta más necia! —respondió el visitante—. ¿Creíste que no nos veríamos nunca?… ¿Puedo sentarme?

Mecánicamente, Joen pulsó un conmutador y un respaldo «ingrávido» surgió detrás del visitante, quien se sentó, cruzando las piernas. Del bolsillo invisible de su «zak» extrajo un estuchito y de éste una píldora color verde, que se llevó a la boca.

—No me ha sido fácil venir hasta aquí —dijo, mientras la píldora empezaba a deshacerse en su cavidad bucal—. Pero me han ayudado un poco… ¡No estés tan sobrecogido, yo!

El visitante parecía burlarse. No emitía «teleideas», sino palabras, articuladas con la lengua y los dientes, a la vez que movía los labios.

—¿Tú eres… yo?

—Sí. Y te aconsejo que tengas calma y te serenes un poco. Vas a comprender muchas cosas que ignoras y que te han estado mortificando durante toda tu vida.

—Pero ¿quién eres?

—Yo soy tú mismo. ¿No me crees? Ponte de pie y lo verás.

Casi instintivamente, Joen-l-X. X. se puso en pie.

Su visitante hizo lo mismo y se le acercó. No fue obstáculo alguno la mesa que interponía entre los dos. La cruzó, «filtrándose» y se acercó a él…

¡Un instante después, el visitante se había «integrado» al cuerpo de Joen Vestry, desapareciendo exactamente dentro de él!

—¿Me crees ahora? —se preguntó Joen-l-X. X. a sí mismo.

—¡Esto es imposible! —se contestó.

—Ignoras algo primordial. Estamos en Ozulua-Cien Mil Dos, en el siglo LXX, a cien mil años del Gran Final… ¡Y en esta época no hay nada imposible! Apenas quedan obstáculos que salvar.

Dicho esto, el visitante volvió a surgir del cuerpo de Joen, retrocedió, sonriendo, y se volvió a sentar en el respaldo «ingrávido».

—Ya me he tragado la píldora —continuó diciendo—. Su efecto tendrá lugar dentro de cincuenta y seis segundos, exactamente.

—¿Qué píldora es ésa? —preguntó Joen-l-X. X.

—La que disipará el «hechizo», por llamarlo de algún modo. No creerás que todo ha sido real, ¿verdad?

—No te entiendo.

—Vamos, vamos, yo, eres muy ingenuo. ¿Crees que un hombre normal puede viajar por el tiempo como tú lo has hecho? Te debes dar cuenta de que todo lo que has creído ver, oír y tocar no ha existido jamás… ¡Ni siquiera existes ahora, porque estás muerto!

—¿Yo, muerto? —gritó Joen.

—Sí, muerto. Pero no en el sentido real y efectivo de la muerte. Digamos de otro modo, inmerso en la nada… ¡Has sido el conejo de indias de una máquina multidimensional!

—¡Mientes! ¡Yo no estoy muerto! Vivo, siento, amo, veo, toco y

pienso…

—¡Basta! —exclamó el visitante—. No me digas eso a mí, cuéntaselo a otra persona. Confunde a los hombres de este siglo, a Akdo-68-K. N., a Cokt-10-B. L., engaña a Acdema-91… ¡Pero a ti mismo, que soy yo, no podrás engañarte!

»¿Qué te ocurrió la noche en que saliste corriendo de la casa del señor Düven? ¿No lo recuerdas? Allí empezó todo, haz memoria. Creíste que te perseguía con un cuchillo. Te dijo que iba a cortarte la mano, que poseía un disolvente universal y que tu mano, ¡esta mano que tengo yo aquí, igual que la tuya!, serviría para curarle de su amputación traumática. Te dijo que durante la guerra, una granada le había cortado la mano y hablaste con él de la inestabilidad del injerto, por disociación de células… ¿Qué pasó después?

—Empuñaba un cuchillo…

—Sí. Al ver que la puerta estaba cerrada, saltaste por la ventana. ¿No viste que los pestillos de la puerta no estaban cuando tú entraste? ¿No viste que había casas por los alrededores y gentes, al entrar, pero, al salir huyendo, todo había desaparecido? ¿No te diste cuenta de que el suburbio de Vigny se había transformado, o era tu miedo el que te hizo creer que todo había cambiado en cuestión de minutos?

—¡Aquello no fue un sueño!… Me perseguía…

—¿Qué… qué quieres decir?

—¡Que todo fue una sugestión! ¡Que nada ha existido! ¡Despierta y lucha, eso es lo que debes hacer! ¿No te lo han mandado incluso en sueños? ¡Te lo ha dicho Alma, Shura y Cis! ¡Y te lo digo yo, que eres tú mismo! ¿Qué más esperas saber?

—¿Cómo… cómo es posible esto?

—Yo te lo diré: ¡es onirismo hipnótico! ¡Despierta y lucha!

Joen-l-X. X. reaccionó con violencia. Quizá fuese el efecto de la píldora que había tomado su otro «yo», el visitante. Un ardor inmenso subió de su estómago a su cerebro. La vista se le nubló…

¡Y emitió un grito salvaje, como de hombre primitivo furioso ante el poder avasallador del rayo ígneo que todo lo destruye, intentando rebelarse contra su malhadado destino de escoria humana!

¡¡Un grito de rebelión, de lucha, de protesta infrahumana!!

* * *

Se detuvo en su huida. Luego, saltó hacia el otro, con los ojos inyectados en sangre, gritando, fuera de sí:

—¡Cobarde, vampiro, hiena!

De una patada arrancó a Eliseo Düven el cuchillo de la mano. Acto seguido, su cabeza se incrustó en el estómago de su repelente adversario.

El hombrecillo se tambaleó, casi a punto de perder el equilibrio. No era un sujeto endeble, pese a su escasa estatura. Pero la acometividad de Joen Vestry le había sorprendido.

—¡No conseguirás mi mano, aborto del infierno! —rugió Joen, ya fuera de sí por completo.

Cuando Eliseo Düven aferraba la maza de un mortero de bronce, a modo de cachiporra, el puño derecho de Joen le alcanzó en la boca. El izquierdo golpeó su estómago dos veces seguidas y el otro se contrajo, jadeando. Pero pegó con la mano del mortero.

Joen sintió como si su cráneo se hubiese hundido de súbito. Una lasitud paralizante le invadió. Apenas veía, encendido por la ira y por la lucha. Aún así, creyó ver aquellos ojos estriados y demoníacos que avanzaban hacia él. Vio algo rutilar a la espantosa claridad de aquel fuego maligno.

E instintivamente se cubrió el rostro, agachándose.

¡La redoma del vitriolo pasó sobre él y se fue a caer sobre la volcada mesa de ensayos!

Luego cayó de costado, en el mismo instante en que el otro se agachaba, agarraba el cuchillo y saltaba de nuevo contra él, dispuesto a ensartarlo en la afilada y brillante hoja.

Joen vio la punta del cuchillo.

Centelleó a la luz azulada del sótano. Trazó un arco, iniciado por la mano homicida de Eliseo Düven. Una milésima de segundo más tarde, el acero cayó.

Joen Vestry, empero, ya no estaba allí. Se había ladeado, luchando frenéticamente para recobrar la lucidez, sacudirse la modorra que le produjo el tremendo golpe de la mano del mortero en la cabeza, y hurtó el cuerpo, salvando así la vida de una muerte cierta.

El cuchillo se partió al golpear en el suelo.

Joen Vestry estiró la pierna derecha con violencia, dando a Eliseo Düven en el costado, haciéndole rodar sobre sí mismo y que volcara una estantería con su cuerpo. Emitió un aullido el demoníaco sujeto y se incorporó. Joen hacía lo mismo en aquel preciso instante.

Ahora, los dos hombres se asaetaron con la mirada. Los ojos estriados del hombrecillo despedían llamas semejantes a las del horno de alquimia. Eran rayos azulados y rojos que pretendían atravesar la mente turbia de Joen.

Éste, en cambio, parecía un gladiador dispuesto a llevar la lucha a extremos insospechados. Estaba seguro de lo que iba a ocurrir si era vencido, ¡y consideraba su vida mucho más valiosa que la del otro!

Sin previo aviso, Eliseo Düven saltó. Ahora fue el puño derecho de Joen, transformado en maza el que contuvo, proyectándose en su mentón. Hubo un crujido de huesos, al romperse el maxilar, y el hombrecillo emitió un rugido de fiera acorralada. No amainó su ímpetu, sin embargo. Se tambaleó y asió un taburete de madera, el cual alzó y luego dejó caer sobre la cabeza de su adversario.

En esta ocasión, Joen esquivó el golpe y el asiento pegó junto al pretil del horno, en donde cayó una de las patas rotas, produciéndose un géiser de chispas, semejante a un volcán de fuegos artificiales.

Ninguno de los dos hombres se entretuvo en admirar aquella luminiscencia impresionante. Ahora se habían enzarzado, agarrándose mutuamente de la cintura, tirando uno del otro, con ánimo de derribarse, al mismo tiempo que se agredían fieramente con las cabezas, golpeándose igual que cabras montesas.

Joen Vestry hizo más. Utilizó la cabeza y la rodilla derecha, pues estaba apoyado con el pretil del horno. Eliseo Düven, echando sangre por boca y nariz, jadeaba, encajando aquellos tremendos cabezazos en el rostro y los rodillazos en el bajo vientre.

El hombrecillo tiró con fuerza —sólo empleaba la mano izquierda en sus forcejeos, por tener la derecha amputada, aunque su brazo pegaba y se aferraba como si fuese una tenaza de hierro— y Joen perdió el equilibrio. Hubo un cabrioleo, y ahora fue Eliseo Düven quien se encontró con la espalda apoyada en el homo.

Ahora, desencajado el rostro, fuera de sí, mascullando

imprecaciones, Joen soltó la cintura del otro y subió al mismo tiempo sus manos hacia el cuello del hombrecillo, a quien logró atenazar, no sin recibir un fiero castigo de golpes en el cuerpo y tremendos cabezazos al rostro.

¡Todo era impresionante y colosal en aquella lucha!

Ahora, empero, Joen Vestry agarraba el cuello de su adversario y apretaba con fuerzas muy superiores a las suyas propias. Estaba recurriendo a la locura, que acrecienta el vigor, y en su mente torturada sólo había un pensamiento obsesivo: ¡matar, matar, matar…!

Apretó con toda su alma.

El semblante de Eliseo Düven se tornó pálido, cerúleo, ceniciento. ¡Y Joen Vestry, el bueno, el amigo de los niños y de los animales, continuó apretando, aún cuando la cabeza del otro había caído ya hacia atrás y el fuego azulado del horno chamuscaba sus cabellos!

—¡No, noooo! —jadeó el hombrecillo, falto de aliento, estremeciéndose en los espasmos de la agonía.

Su escasa cabellera ardió, de pronto, con una cegadora llamarada. Un grito de angustia infinita se escapó de su garganta… ¡Y Joen Vestry, apurando las heces de su desesperación, continuó apretando, oprimiendo aquel cuello blando, dúctil como la cera!

Incluso el prolongado estertor dejó de surgir de la garganta oprimida. Un instante después, flácido y sin vida, Eliseo Düven caía de costado, quedando su cabeza inmersa en el fuego azul.

Estaba muerto, estrangulado…

Joen retrocedió, incapaz de soportar los fuertes latidos de sus sienes. Sus manos homicidas cayeron a lo largo del cuerpo, y sus ojos, muy abiertos, casi saliéndose de sus órbitas, no se desviaban de aquella cabeza que ardía, despidiendo un fuerte hedor a carne quemada.

Así, mirando como hipnotizado, Joen Vestry sintió un líquido viscoso y caliente que mojaba su mano derecha. ¡Fue entonces, al mirar a ella, cuando vio salir sangre de los poros!

Aterrado, retrocedió unos pasos.

No cabía duda. ¡Su mano rezumaba sangre!

Gritó.

El alarido retumbó como un trueno dentro del sótano,

filtrándose por algún respiradero, pues llegó hasta la calle, al exterior, y fue oído por un gendarme que efectuaba su ronda precisamente en aquel momento.

El gendarme fue quien, minutos más tarde, penetró en el sótano y quedó sobrecogido al ver la escena que había tenido lugar allí. De sus labios se escapó una exclamación ahogada:

—«¡Sacrebleu!».

Y no era para menos. La visión, a fuerza de dantesca, parecía arrancada de uno de los más retorcidos cuadros de lo horrendo. Allí, la muerte y la locura tenían su más gráfica expresión.

Epílogo

Resurrexit

Seis u ocho mujeres, cubiertas con velos negros, estaban arrodilladas y dispersas, como temiendo comunicarse entre sí su ferviente devoción, celosas de su fe y de sus oraciones secretas.

El templo era umbrío y en el altar ardían escasos número de velas.

Chirrió la puerta y el viento frío penetró en el santuario. Sólo una vieja se volvió. Luego continuó sus oraciones.

El hombre del abrigo negro, cuyo rostro quedaba medio oculto bajo el ala del sombrero, caída sobre los ojos, pareció vacilar, al ver a las mujeres. Luego, casi de puntillas, fue hacia un rincón y se arrodilló.

Allí permaneció, ausente, más de media hora, mientras entraban y salían algunas mujeres. Nadie le prestó atención, aunque era bastante insólito que un hombre estuviera a tales horas y en semejante lugar.

Al fin, el hombre se levantó, se santiguó y dio media vuelta, dirigiéndose a la puerta. No llegó a ella. Una sombra se interpuso en su camino. Había surgido de un angosto pasillo y llevaba un viejo birrete y una raída sotana.

—Buenos días —habló con voz queda el sacerdote.

Con voz ronca y emocionada, el hombre del abrigo negro contestó:

—Buenos días…, padre.

—¿Puedo servirte en algo, hijo?

Los dos se miraron durante unos segundos. El sacerdote habló

primero, diciendo:

—Perdona, hijo mío. Creí que…

El otro no le escuchaba ya. Pasó por su lado apresuradamente y se dirigió a la puerta. Salió del templo con tal precipitación que más bien parecía huir de algo, ¡o de sí mismo!

En la calle, el hombre caminó de prisa. Era día claro ya, aunque el cielo de París, como era habitual en aquella época, estaba encapotado con nubes grises.

Un camión pasó raudo y el conductor lanzó un improperio con el atolondrado individuo que cruzó la calzada sin mirar a derecha ni a izquierda, para tomar una angosta calleja del barrio de Saint Germain-des-Prés.

Alguien que hubiera pasado junto a él en aquel instante, habría podido oírle murmurar:

—¡No estoy loco! He rezado, he pedido a Dios que me ayude, y nadie me ha contestado… ¿Por qué me abandonas, Señor? ¿He hecho algo malo?

Algo más allá, ante la tienda de un viejo trapero que abría su puerta, el hombre se detuvo. Hurgó con la mano izquierda en sus bolsillos, sin extraer la derecha, que la llevaba —¡la llevó durante todo el tiempo!— hundida en el bolsillo del abrigo, hasta encontrar un paquete arrugado de cigarrillos. Tomó uno con los labios y se guardó el paquete.

Vio al trapero y se acercó a él.

—¿Puede darme fuego, por favor? —pidió con voz suplicante.

El viejo trajinante le miró al rostro, sin lograr ver sus ojos.

—Sí, sí —contestó.

Sacó un viejo encendedor de gasolina, lo encendió y aplicó la llama a la punta del cigarro del hombre. Al mirar al bolsillo derecho, donde el hombre tenía sepultada la mano, creyó ver una mancha parda.

—¿Está usted herido, señor? —preguntó.

—No es nada… ¡Nada que le importe! —contestó el otro.

Y, dando media vuelta rápida, avanzó de prisa.

Dobló la próxima esquina y entonces echó a correr.

Jadeando, se detuvo cinco minutos después ante la puerta de un típico café de bohemios. Arrojó el consumido cigarrillo al suelo y se decidió a entrar.

Había tres personas, incluyendo el patrón, y todos enmudecieron al ver entrar al hombre del abrigo negro y el sombrero calado sobre los ojos. Se lo quedaron mirando con infinita curiosidad. La hora no era la más adecuada para un cliente que iba dejando detrás de sí un ligero y siniestro reguero de sangre.

—¿El teléfono? —preguntó el hombre con voz ronca.

El patrón asintió, indicando con la cabeza al extremo del mostrador.

El hombre fue hacia allí y tomó el auricular con la mano izquierda. Su mirada se encontró con la de uno de los clientes, los cuales no se habían fijado aún en el reguero de sangre.

—Por favor —suplicó—. ¿Quiere usted marcarme el número?

El aludido, un sujeto de rostro amplio y boca carnosa, muy a lo Fernandel, asintió y se acercó.

—Marque el número

48 36 95

—Opera, por favor.

El hombre obedeció. Al terminar vio la mancha de sangre en el suelo y se quedó boquiabierto. Pero el hombre ya hablaba, diciendo:

—¿El doctor Fremont?… ¿Es usted mismo?… Soy Joen Vestry, ¿me recuerda? Sí, del laboratorio «Lecroix». Necesito verle en seguida… ¡Es mi mano derecha!… Sí, sí… ¡Es urgente, de vida o muerte!… Tomo un taxi y voy para ahí inmediatamente.

El hombre, o sea Joen Vestry, colgó el auricular.

—¡Señor…! —empezó a decir el hombre que le había marcado el número—. ¿Le ha ocurrido algo?

Joen le miró un instante.

—Me estoy muriendo —contestó.

* * *

El doctor Fremont estaba esperando a Joen cuando éste llegó. Se había vestido y le hizo pasar rápidamente a su consultorio. No medió entre ellos la menor palabra.

Joen sacó la mano del bolsillo… ¡Lo que quedaba de su mano derecha, y que era como una masa informe, gelatinosa, sangrienta!

Un silbido se escapó de labios del médico.

—¿Cómo fue?

Joen sacudió la cabeza, sin contestar.

—Entre ahí… Al lavabo. Aunque sería mejor llevarle al hospital. ¡No esperaba yo esto! Creí que tenía usted mano para toda la vida.

—¡Yo sabía que no! —habló Joen con lúgubre fatalismo—. No podía ser… ¡Era imposible! Esta mano no era mía. La intolerancia hormonal se ha producido… ¡Temo que se produzca una gangrena!

—¡Qué cosas dice, señor Vestry! Está usted influido por la charlatanería de los curanderos. Aquí conviene cortar la hemorragia y asunto solucionado.

—¿No se da cuenta de que me estoy desangrando?

Con la mano sobre el lavabo, Joen veía caer la sangre roja sobre la porcelana, mientras el doctor Fremont regresaba a su consultorio y buscaba una jeringuilla hipodérmica. Al hallarla, abrió un frasco que tomó de un cajón de su mesa y cargó con él la jeringuilla.

Regresó al lavabo y dijo:

—A ver, señor Vestry. Arremánguese un poco.

Joen obedeció y el otro le clavó la aguja en el brazo.

Un instante después, Joen caía desvanecido. La reacción del líquido coagulante le aturdió.

* * *

A partir de aquel momento, Joen Vestry recobró la lucidez un par o tres de veces, para quedar sumido luego en la modorra. No se extrañó, empero, de ver un gendarme en su puerta, ni de volverlo a ver en otro momento de lucidez cuchicheando con una enfermera.

A la tercera vez que abrió los ojos, vio a su mujer junto al lecho. Sólo tuvo fuerzas para murmurar débilmente:

—Alma… querida… Me voy a morir…

—¡Qué cosas dices, tonto! —La voz de Alma Vestry parecía llegar del más allá.

Volvió a dormirse y cuando despertó, ya más calmado y sereno, pudo ver el vendaje que cubría su mano derecha, a la altura de la muñeca. También vio al gendarme que arrojaba disimuladamente el cigarrillo a la escupidera. El humo, empero, flotaba en la estancia.

—Disculpe —dijo el gendarme—. No debí fumar… Me lo advirtieron.

—Es igual. No importa. ¿Qué hace usted aquí?

—Le vigilo. Es orden del juez Grognand.

—¿Me acusan de algo?

El gendarme se encogió de hombros.

—Yo no sé nada, palabra. El juez se lo dirá… Quizá venga hoy, posiblemente mañana. Cuando venga mi compañero a relevarme le telefonearé.

—Pero ¿qué he hecho? —gritó Joen, fuera de sí.

—¡Chissst! ¡Cálmese, hombre! La enfermera está enojada conmigo y sólo falta…

—¡Dígame qué hace usted aquí o gritaré!

El gendarme, evidentemente un honrado padre de familia, expresó un desaliento con una mueca de fastidio y se acercó a Joen, llevándose la mano a la boca y sellando sus labios con el dedo índice.

—Por favor… Se lo diré. Parece ser que se peleó usted con un maniático de Vigny. Creo que fue en un extraño sótano… El otro murió achicharrado y usted perdió la mano derecha… Un agente acudió al oír los gritos y usted le empujó y huyó…

—Siga… ¡Continúe! —apremió Joen.

—Es todo lo que sé… No he oído más. Pero no entiendo. Un tal doctor Fremont le operó a usted hace unos meses. Según parece la operación había tenido éxito…

—¡No! ¡Ha sido un fracaso! ¡Mire mi mano, no está! ¡Era la mano de un mendigo muerto! ¡La mía quedó bajo aquella roca, en el Bajo Pirineo!

—Bueno, no se excite… ¿Quiere que avise a la enfermera y le dará un calmante?

—¡Al diablo la enfermera! ¡Al diablo todos!

La puerta se abrió en aquel instante y una mujer de edad, vestida de blanco y con cofia, apareció.

—¡Déjele usted! —gritó al gendarme—. Yo le atenderé… ¡No sé por qué tienen que enviar aquí policías!

Un momento después, la enfermera administraba un calmante a Joen Vestry, haciéndole caer de nuevo en su recuperadora modorra. Al cerrar los ojos, tras el breve pero violento forcejeo, el paciente murmuró:

—¡No has podido conmigo, Eliseo Düven! ¡Te he vencido!

* * *

El juez Grognand era un hombre de unos cincuenta años, sereno, fumador de cigarros puros y muy metódico en sus cosas. Después de examinar por encima el expediente que tenía ante sí, alzó la mirada y la fijó en su visitante.

—Y bien, doctor Fremont, ¿tiene algo más que decir?

—No, señor juez. Es todo.

—Magnífico… Muy bien… En conclusión, para acabarnos de entender, ¿considera que el injerto estaba destinado al fracaso, no es así?

—De ningún modo. Existen casos de asociación hormonal en distintos organismos. Yo tenía fe en el éxito.

—¡Yaaaa! ¡Fe en el éxito! Y, para mayor seguridad, sugestionó a su paciente, haciéndole creer que su nueva mano era así desde su nacimiento. Un piadoso engaño protegido por la ciencia médica… El señor Joen Vestry pierde la mano, en sus vacaciones, y usted asegura que puede injertarle la de un muerto… ¡No, espere; no tengo nada contra la medicina quirúrgica moderna! Al contrario. Soy un progresista. Sin embargo, admitirá conmigo que ha creado usted una tremenda psicosis en su paciente.

—Completamente ajeno a mi voluntad. En la mente de Joen Vestry han debido de producirse extraños fenómenos. Él se ha creado un mundo extraño en torno a su amputación traumática…

—¡Yaaaa! Dijo, y aquí está escrito, que el infeliz señor Düven, quería cortarle la mano… Dijo, que huyendo de él, fue «transmigrado» a la época bíblica, en la que permaneció dos años, y luego, al siglo LXX, a un lugar llamado Ozulua-Cien Mil Dos, e incluso, que regresó, de modo incorpóreo, a nuestros días y que estuvo cruzando a través de los muros, los automóviles… ¡Qué sarta de paparruchas más inverosímil!… Pero lo dijo. Y Eliseo Düven está muerto, achicharrada la cabeza, durante una pelea. La señora Vestry dice, y lo hemos comprobado, que el señor Düven quería contratar a M. Vestry, para ayudarle a clasificar sus pócimas de curandero. El motivo de la pelea lo ignoramos, pero en todo, ¡óigame bien, doctor Fremont, en todo, aparece esa dichosa mano!

Con desaliento, el doctor Fremont expuso:

—La excitación de mi paciente, debido a la hipnosis a que fue

sometido, en proceso experimental, pudo haber sido la causa de ese trastorno. No quiero discutirlo, señor juez. Pero insisto en que los efectos eran del todo imprevisibles.

—¿Se da usted cuenta de que puedo acusarle de enajenar una mente humana y producir, por tal estado, un homicidio en terceros?

—¡No puede usted imputarme eso! ¡Soy un hombre de ciencia!

—¡Y yo un hombre de leyes, doctor! De todos modos, continuaremos indagando. Recabaré el dictamen del Instituto Mesmer.

—Atienda usted. No debe confundir la operación de injerto con la hipnosis mental. Cualquier técnico le dirá lo mismo que yo. Nosotros no hemos modificado su mente. Sencillamente, le hemos hecho creer que su mano no era un injerto, sino que nació así. Esto es fácil. Sólo hay que borrar la impresión del accidente y de la operación. Estoy seguro de que esto causaría un gran bien al paciente.

—¿Insiste usted en esa seguridad, después de ver los efectos?

—Insisto. En otros casos, con otros pacientes, el resultado ha sido satisfactorio. En el caso que nos ocupa, la intolerancia se ha producido tres meses después de la operación, cuando todo hacía creer que el injerto había sido un éxito. Yo lo atribuyo a que durante la lucha, el señor Vestry presionó demasiado su mano, aún no bien firme. Esto ocasionaría un desgarro de los tejidos y la sangre afluyó a la piel, provocando la intolerancia…

—¿Y del estado hipnótico? ¡Es de eso de lo que yo deseo hablar! Es su mente, perturbada por usted y sus absurdas maquinaciones, la que le ha hecho concebir que su mano había pertenecido al diablo.

—¡Falso! Esas insólitas lucubraciones son fruto de la exaltada imaginación del paciente. Tenga en cuenta que él se lo ha forjado todo. Él ha dudado de la fidelidad de su esposa, y me consta que la pobre mujer ha estado noche y día a su lado, en el hospital. Él ha dicho que Eliseo Düven era un engendro, un nuevo Fausto, que había pactado con Satanás, y usted sabe que ese aprendiz de brujo era un infeliz de tomo y lomo… ¡No puede hacer usted caso a las palabras de Joen Vestry! Estoy seguro de que algo le enajenó.

—¡Algo, algo, algo! ¡Muy ambigua su explicación, doctor! Yo he escuchado a todas las partes. A usted, a Joen Vestry, a su esposa, y a las numerosas personas que le conocen. «¡Es un alma bendita!»,

coinciden todos. «¡Incapaz de hacer daño a una mosca!».

»Y, pese a todo cuanto dicen, ha matado a un hombre. ¿Qué le parece?

—Un psiquiatra la diría que se trataba de un caso aislado de enajenación ocasional. Tenga en cuenta que no fue un homicidio premeditado, sino la consecuencia de una lucha violenta… ¡Quizá fuese el producto de una legítima defensa!

—No. Creo que Joen Vestry no nos ha mentido.

—No sea ingenuo, señor juez. Joen Vestry pudo estar dominado por una obcecación temporal. Él se ha forjado un maravilloso ensueño, en donde la muerte de su enemigo era rehuida siempre, hasta que no pudo soslayarla más y se vio obligado a luchar. ¿No le indica eso la legítima defensa de un cerebro perturbado por una autosugestión homicida?

El juez Grognand no contestó. Miró el expediente que tenía sobre la mesa y leyó algunos párrafos. Debía de estar viendo también a Fremont, pues cuando éste fue a decir algo, le contuvo con un gesto imperioso.

—M. Vestry dice que vio a Eliseo Düven apuñalar despiadadamente a su esposa… En otro lugar, dice que mató a Shura, la mujer con quien afirma haber vivido en la época bíblica. Admito que en su mente exaltada, ese Düven, o El Dib, formaba algo así como la encarnación del mal. El desenlace que tuvo lugar en el sótano de la casa de M. Düven era una consecuencia natural a esta aberración psíquica… Bueno, será mejor que continuemos indagando en el caso. Interrogaré de nuevo a M. Vestry. Será lo mejor. Si necesito algo de usted, ya le llamaré. Gracias por su colaboración y le ruego me perdone. Soy de los que opinan que de la discusión sale la luz.

Cuando el doctor Fremont hubo salido, el juez Grognand perdió su ecuanimidad, dio un puñetazo sobre el legajo de papeles y exclamó, iracundo:

—¡Condenada sea mi maldita suerte para haber aceptado este caso! ¡Debí retirarme hace años!

* * *

Joen Vestry miró a su mujer. Alma hacía media sentada en el

sillón, ante el aparato de T. V., en el que se veía la actuación de una familia de equilibristas.

—Alma, ¿qué hiciste del sofá? —preguntó.

Ella pareció sobresaltarse. Respondió rápidamente:

—Lo vendí la semana pasada.

—No me había dado cuenta.

—Estás demasiado ensimismado estos últimos días, Joen. No pienses más en tu ma… ¡Perdona!

Hubo otro dramático silencio que duró hasta que los equilibristas terminaron su actuación. Entonces, Joen habló de nuevo:

—¿Conocías a Eliseo Düven?

—¡Por Dios, Joen! ¿No te he dicho mil veces que no?

—¿Y el saloncito de *m’sieu* Ludwic?

—¡No existe! ¡No hay tal saloncito! ¿Por qué no vas a verlo de una vez? No está lejos de aquí.

—No quiero ir… ¡Perdóname, Alma!

—Escucha, *cheri*. Tienes que sobreponerte. Aceptar, aunque te duela, la pérdida de tu mano. Se ha hecho todo lo humanamente posible para restituírtela. Tendrás que conformarte con una mano articulada o una simple mano ortopédica…

—¡Cállate, Alma! ¡No quiero oírte decir eso!

—¡Pues tendrás que oírme, quieras o no! Estoy harta de verte ahí hundido, forjando fantasías y creyendo vivirlas… ¿Estoy muerta yo? ¿Es posible que alguien vaya a otro mundo, a otro tiempo, a otro espacio? ¡Eso es un absurdo de ciencia-ficción, una bobada! En cambio, tú has matado a un hombre que te ofrecía un empleo…

—¡No! —chilló Joen, descompuesto y poniéndose en pie—: Yo no le maté… ¡Me defendí, quería cortarme la mano! ¡Tenía un cuchillo y me atacó! ¡Lo vi!

Los gritos de Joen Vestry inundaron el piso, brotando por puertas y ventanas hacia los pisos contiguos. Algunos vecinos, que ya estaban acostumbrados, se miraron entre sí conmiserativos, y alguien dijo:

—Pobre señor Vestry… ¡Ya está gritando otra vez! ¿No sería mejor encerrarle?

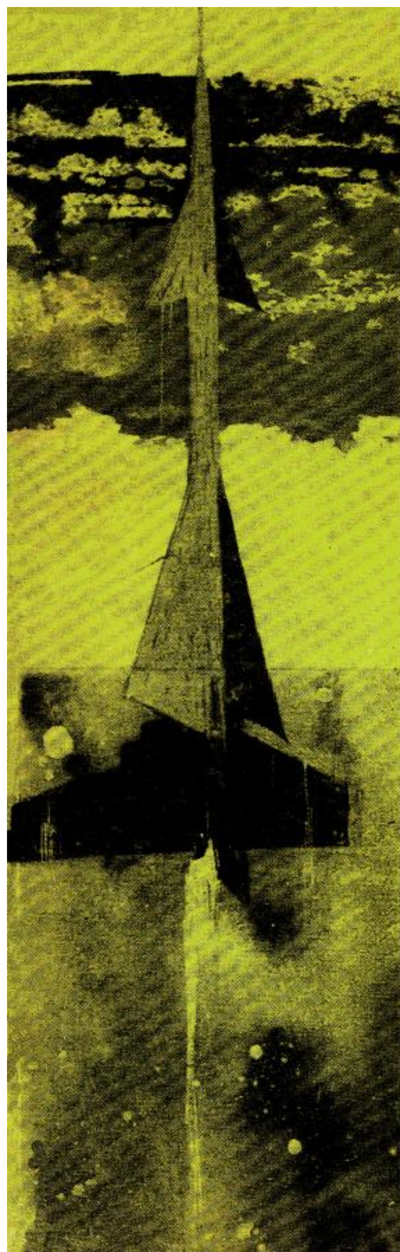
—¡Pero si es tan bueno!

* * *

En alguna dimensión, una máquina analítica zumba, haciendo vibrar un nuevo circuito. Acaba de llegar una respuesta que debe ser grabada en los registradores catódicos:

—«Los hombres no son malos ni buenos. Los hombres son pasionales. Se rigen por impulsos de bondad o maldad. Efectuada la prueba, el bueno ha llegado a sobrepasar al malo en maldad… El Divino Ser seguirá protegiéndolos a menos que se perfeccionen. Son débiles…».





Próximo número:

HOMBRE XXI

La mujer lanzó un grito:

—¡Dupont, tu hijo acaba de nacer! ¡Y habla como una persona mayor!

Autor:

LAW SPACE

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.